



Matices

Thais Duthie

LES erótica | romántica

MATICES

THAIS DUTHIE

LES
editorial

Primera edición en LES Editorial: diciembre de 2018

© de la obra: Thais Duthie, 2018

© de esta edición: Letras Raras Ediciones, S.L.U., 2018

© de la imagen original de portada: Vitalik Radko

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S.L.U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-949350-5-3

IBIC: FA, FP, FRD

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para J. y R.,
vuestros nombres siempre tendrán
los colores más brillantes
que mi mente puede concebir*

sinestesia¹

De *sin*-1 y el gr. αἴσθησις *aísthēsis* ‘sensación’.

1. f. *Biol.* Sensación secundaria o asociada que se produce en una parte del cuerpo a consecuencia de un estímulo aplicado en otra parte de él.

2. f. *Psicol.* Imagen o sensación subjetiva, propia de un sentido, determinada por otra sensación que afecta a un sentido diferente.

3. f. *Ret.* Unión de dos imágenes o sensaciones procedentes de diferentes dominios sensoriales, como en *soledad sonora* o en *verde chillón*.

«La palabra ‘amor’ siempre me ha sabido
al olor de la tinta fresca y el papel suave.
Como un poema recién escrito».

Megan Hart

Los caxtones son pájaros mecánicos con muchas alas
y algunos son muy apreciados por sus marcas,

hacen que los ojos se derritan
o que el cuerpo chille sin dolor.

Nunca he visto que vuelen, pero
a veces se posan en la mano.

La niebla es cuando el cielo se cansa de volar
y reposa su blanda maquinaria sobre el suelo:

entonces el mundo está borroso y libresco
como grabados bajo papel de seda.

La lluvia es cuando la tierra es televisión.
Tiene la propiedad de oscurecer los colores.

El Modelo T es una habitación con la cerradura por dentro,
con girar una llave el mundo se libera

en movimiento, tan rápido que hay una película
que ver para cualquier cosa que te pierdes.

Pero el tiempo está atado a la muñeca
o metido en una caja, haciendo tic-tac con impaciencia.

En las casas, duerme un aparato encantado,
que ronca cuando lo descuelgas.

Si el fantasma llora, se lo llevan
a los labios y lo sosiegan con sonidos hasta que

se duerme. Y, sin embargo, lo despiertan
deliberadamente, haciéndole cosquillas con un dedo.

Solo a los pequeños se les permite sufrir
en público. Los adultos van a una celda de castigo

con agua pero sin nada que comer.
Echan el pestillo y sufren los ruidos

solos. Nadie se libra
y el dolor de cada uno tiene un olor diferente.

De noche, cuando mueren todos los colores,
se esconden por parejas

y leen sobre ellos mismos,
en color, con los párpados cerrados.

Craig Raine

Un marciano manda una postal a casa

(Bishop Auckland, County, Durham, Inglaterra, 1944)

(Traducción de José Antonio Álvarez Amorós)

PRELUDIO

Como una marciana, así me sentía.

Me sentía muy extraña, más que nada porque la mujer que tenía frente a mí cuestionaba todas y cada una de mis intervenciones y desmontaba cualquier argumento que saliera de mi boca.

La cita había empezado con mal pie, el peor, pero es que a esas alturas ya estaba convencida de que no había solución. Y, aun así, seguía intentando ganarme la confianza de Alma, despertar mínimamente su interés.

—Puede que «Hola, me llamo Vega y soy sinestésica grafema-color» no sea la mejor forma de presentarme, ahí debo darte la razón —confesé llevándome el botellín de cerveza a los labios.

Aproveché el trago para observar la forma en que mi cita cortaba el salmón y sonreía con cierto cinismo, orgullosa de oír mis últimas palabras.

—¿Qué significa eso de grafema-color exactamente?

—Para mí, todas las letras, palabras y números tienen un color único —expliqué, con aquel tono que revelaba que se trataba de un discurso aprendido, pues había hablado de ello decenas de veces en los últimos años—. El cuatro es azul, por ejemplo. La letra a es roja, pero la palabra *cantar* también lo es. No es un color idéntico, no obstante. Me cuesta definirlo.

—¿Todas las letras, números y palabras? —Arqueó una ceja observándome.

—Sí, todas. Aunque en algunos casos puedo apreciar el color con más claridad que en otros. Por ahí he leído que la sinestesia es estable: si veo una determinada palabra en azul seguiré haciéndolo siempre. Sin embargo, es también idiosincrática. Es decir, que el resto de sinestésicos no ven los mismos colores que yo.

—¿Y ligas presentándote así? —preguntó reticente.

—No tengo claro si me hablan por el exceso de curiosidad o por inercia cuando ven mi silueta de foto de perfil.

Aparté las verduras del pescado y me puse un poco más de salsa para esconder el sabor. La conversación acababa de morir y tan solo nos unían una mesa y un silencio sepulcral. En medio de aquella calma en la que no se oía más que a nosotras masticando y el choque de los cubiertos contra el plato de vez en cuando, me di cuenta de que la había cagado pero bien. Primero, ¿por qué seguía teniendo citas? ¡Si ninguna salía bien! Segundo, ¿en qué momento había aceptado que fuera, además, a ciegas con una amiga de mi prima? Y tercero, ¿por qué narices no me había ido por patas nada más descubrir a Alma abriendo la puerta?

Porque no, no era la primera vez que nos veíamos. O sí, sí de forma literal, pero ella y yo teníamos una historia que venía de mucho antes. Como es tontería negarlo, lo diré: cuando vi cómo lamía aquel helado de fresa en su foto de perfil me pareció muy muy sexi. Le hablé y jamás contestó. De aquello hacía ya tres o cuatro meses y, pese a mis continuos intentos por entablar una conversación, ella seguía siendo inaccesible. Aun así, me parecía la mujer más guapa de la aplicación y no pensaba rendirme: cada día entraba a su perfil, me aseguraba de que estaba en línea y volvía a mandarle un mensaje. Al cabo de una semana me bloqueó. ¡Me bloqueó! ¡A mí!

En cualquier caso, era necesario tener en cuenta algo muy importante: yo no había huido al verla, pero ella tampoco me había cerrado la puerta en las narices al verme a mí. Y podría parecer que, lógicamente, no me había reconocido, pero no: había sonreído como diciendo «hola de nuevo» y no «encantada de conocerte».

Aquella expresión me resultaba familiar porque había estudiado todas las fotos que tenía en la aplicación al detalle. También la había buscado en Facebook, tal vez una o dos veces... o unas cuantas más. Quizá suene horriblemente mal y pueda parecer que soy una acosadora, pero yo prefiero llamarlo trabajo de campo. Sin ir más lejos, gracias a eso me di cuenta de con qué clase de sonrisa me había abierto la puerta.

Como la investigación había sido buena, tenía bastante información acerca de Alma, pero muy poca había salido de sus labios. Sabía, por sus selfis en el ascensor, que trabajaba en un sitio serio, por eso tenía que ir siempre con

chaqueta. Inciso: ¡qué maravilla de modelitos, por favor! Cada vez que veía en las fotos uno nuevo no sabía dónde meterme, porque si había algo que le sentaba bien era la americana —tenía una negra un poco más larga que le quedaba de maravilla—. En alguna hasta se desabrochaba un par de botones, solía ser los viernes...

No tenía fotos bebiendo alcohol ni haciendo estupideces, pero sí que había un montón de citas de libros, con el *hashtag* «leyendo». Por lo que había podido averiguar prefería la poesía, aunque no le hacía ascos a la novela. Siempre escrita por mujeres, eso sí. En su tiempo libre hacía escapadas a la montaña y, con toda seguridad, le iba mucho el rollo naturista: cien por cien comprometida con el medio ambiente, reciclaje a tope y gran amante de los animales. Prueba de ello era el gato que, en posición de ataque, me miraba con intensidad desde la estantería como si fuera una figurita más. Debía de pensar que no lo veía, pero mis ojos se turnaban entre el felino y el vestido que llevaba Alma, que dejaba entrever ligeramente su escote.

—¿Cómo se llama? —pregunté apuntando al gato con el tenedor, con la salsa teriyaki goteando y todo. No manché el mantel de milagro.

Mi cita levantó la vista del plato y miró adonde señalaba, sin sorprenderse por aquella imagen amenazante, como si ya estuviera acostumbrada.

—Vesta.

—¿Vespa? ¿Como la moto? —Me resultó inevitable preguntarlo porque había tenido una experiencia relativamente reciente con una de esas.

—Vesta, como la diosa egipcia del hogar.

«Vesta», color amarillo tirando a marrón. Un color agradable, cálido, nada mal. Lástima que no me encajara en absoluto con su propietaria.

—¿Te gusta la mitología?

Pregunta retórica, porque no me hacía falta saberlo. En una de sus fotos de Facebook se le veía el pequeño tatuaje de la cruz de la vida que tenía en el tobillo, suponía que a modo de amuleto. Me la imaginé por un segundo allí, en el estudio, sufriendo la tortura de la aguja al entrar y salir de la piel. Incluso en esa situación su rostro mostraba aquella indiferencia que a esas alturas ya creía parte de ella.

—Hice un curso de Egiptología poco antes de que la adoptásemos —dijo, conectando su mirada con la mía.

Estaba esperando una respuesta o reacción por mi parte, que tardó un poco

en llegar, en concreto porque me había dado cuenta de aquel paso de singular a plural. ¿A quién se refería? ¿Su familia? ¿Su hermana? ¿Su compañera de piso? ¿Su ex?

—Vaya, qué interesante. —Sonreí tras decir aquello y miré mi plato, que se vaciaba de forma paulatina, por desgracia. Maldito salmón, no lo soportaba —. ¿Tiene algo que ver con tu trabajo?

Alma soltó una carcajada que sonó mejor de lo que jamás hubiera imaginado, y solo pude pensar «Vega, cariño, tienes un *crush*²». Dejé los cubiertos en el plato para observarla, divertida, mientras bebía de su vaso de agua.

—En absoluto.

Escueta, como si quisiera que le sonsacara hasta el más mínimo detalle, y eso empezaba a sacarme un poco de quicio. Sobre su oficio sí que no sabía nada, solo que tenía que ir muy arreglada. A juzgar por la ropa de los selfis en el ascensor debía de ocupar un cargo importante en alguna empresa importante, seguro. Y debían de pagarle bien, porque me jugaría el cuello a que aquellos conjuntos no se vendían en ninguna tienda del grupo Inditex. Un momento, a lo mejor sí que los compraba en Massimo Dutti. Aun así, su estudio no demasiado grande pero acogedor y con mucho encanto daba pistas sobre qué tipo de puesto debía de tener.

—¿A qué te dedicas? —Allí estaba yo, para complacerla.

Parecía que le gustaba que se interesaran por ella y que disfrutaba dando respuesta a cualquier pregunta. Si con aquello lograba romper la primera barrera, seguiría haciéndolo. Aunque ella no preguntara de vuelta, aunque me diera la sensación de que más allá de sentirse halagada por el interés, su compañía de aquella noche ni le iba ni le venía...

—Soy diseñadora de interiores.

Miré a mi alrededor y sentí que algo encajaba. Ahora entendía por qué los colores combinaban de aquella manera tan especial, los muebles estaban tan bien seleccionados y la decoración me resultaba tan sumamente cálida —las paredes eran de un color verde menta muy suave y el mobiliario de madera, también clara—.

—Suena divertido. —Esbocé una sonrisa mientras me llevaba a la boca el último trozo de salmón. Por fin.

—A veces no tanto como parece —dijo, con una entonación que sugería

que iba a decir algo más, pero se mantuvo en silencio.

Aproveché aquellos instantes en los que Alma se rellenaba la copa de vino al lado del vaso de agua medio lleno para observar sus manos. Parecían suaves y, su agarre, firme. Seguí subiendo por sus brazos depilados, hasta que el vestido de media manga comenzó a cubrirlos. Era una prenda simple, aunque se ajustaba a su cuerpo como un guante. Desde que había entrado me había llamado la atención el color, aquel azul marino que contrastaba tan bien con su piel clara, ligeramente bronceada, y su pelo rubio en ondas a la altura de los hombros.

—Hay clientes muy exigentes, plazos de entrega muy cortos. Es muy estresante.

Me sorprendió la forma en que habló esta vez, como si hubiera elegido las palabras una a una, con sumo cuidado. Seleccionadas con minuciosidad al igual que se hace en un discurso político. Sentí que, por fin, se estaba sincerando y no quise desaprovechar la ocasión de acercarme a ella, por el momento, de forma no literal.

—Alguna ventaja tendrá, ¿no? ¿Qué es lo que más te gusta?

Tampoco respondió de forma inmediata. En lugar de eso se levantó, tomó su plato y el mío y se dirigió a la cocina. Dudé entre quedarme allí sentada o seguirla, e hice lo segundo. Tras haber dejado lo que habíamos utilizado en el fregadero, se lavó las manos y abrió la nevera en busca de lo que tenía que ser el postre, ignorando mi presencia. Sacó, con sumo cuidado, dos vasitos de tarta de queso y me esquivó para dirigirse de nuevo al salón. Tan solo cuando estuvimos sentadas de nuevo, cada una con su postre delante, me contestó:

—Me hace feliz cumplir los sueños de la gente.

Y aquella respuesta, señoras y señores, era mucho mejor que la que había imaginado. Pese a la fachada que se estaba esforzando en mantener desde que había llegado, se mostraba empática, sensible, humana. Puede que detrás de tanto pragmatismo se escondiera una mujer con los mismos miedos y las mismas ambiciones que el resto. Tal vez Alma no era esa *femme fatale* que me había parecido al principio y que se había convertido en un reto. Quizá ahora, después de meses sin querer conocerme, deseaba abrirse de verdad.

—¿Y tú qué haces? —Su voz, suave, me sacó de mis cavilaciones.

¿Aquel interés era fingido o de verdad quería conocer la respuesta? Decidí no planteármelo siquiera, a lo mejor le estaba dando demasiadas vueltas a

todo constantemente y era peor.

—Ahora trabajo en una cafetería. A veces de cara al público, otras me toca hacer tartas: zahanoria, *plum cake*...

—¿No has encontrado nada de lo tuyo?

—¿Qué es lo mío? —pregunté tras soltar una carcajada.

—Lo que estudiaras.

—No, no estudié nada. O nada serio, por lo menos. Hice un curso de fotografía hace unos años, pero fue y sigue siendo mi *hobby*, nada más. Empecé a trabajar cuando terminé el instituto.

Pude ver cómo mis palabras provocaban una reacción en cadena. Hizo aquella mueca, asintió un par de veces y siguió comiendo tarta de queso como si nada. Silencio. Otra vez volvíamos a la casilla de salida.

—Pero me gusta el trabajo —añadí, tratando de retomar la conversación.

—¿Sí? —El tono de sorpresa que empleó me hizo sentir una leve punzada en el estómago.

—Conozco chicas guapas.

¿En serio? ¿No se me había ocurrido nada mejor? Alma rio, seguro que por mi aparente exceso de confianza. Y nada más lejos de la realidad: estaba cada vez más nerviosa y no sabía qué decir. A este paso me invitaría a irme con la excusa más mala que se le pasara por la cabeza.

—Lo dices como si hubieras estado con muchas —soltó, mientras mi cuchara alcanzaba la galleta desmenuzada del postre.

Detecté algo en aquella frase que me hizo levantar la vista y encontré sus ojos. El color me recordaba tanto a esas fotos del Gran Cenote de Tulum: una mezcla de azul y verde que me hizo sentir que me ahogaba en ellos. Me miraba con curiosidad, pero también con un cierto grado de desilusión que no supe cómo interpretar. Observé, al tiempo que buscaba alguna pista para comprenderla, cómo lamía los restos de la cuchara, disfrutando de cada bocado del postre que ella misma parecía haber preparado.

—Con algunas.

No pensaba mentir, nunca lo había hecho y aquella cita no iba a ser la primera vez. Ni era mi estilo ni creía que fuera a aportarme nada bueno. Si para Alma suponía un problema, debía saberlo ahora.

—¿Y estás orgullosa?

—En la variedad está el gusto.

—¿Qué significa eso? —Quiso saber y dejó la cuchara en el vaso cuando terminó.

—Que no me arrepiento.

Otra verdad como un templo. Como si mi respuesta le hubiera resultado ofensiva, tomó su vaso y el mío —a medias— y se dirigió a la cocina otra vez. Me quedé inmóvil unos segundos, oyendo lo que parecía ser mi cita llenando el lavavajillas.

—No me arrepiento porque me aportaron nuevos colores —dije muy insegura desde la mesa del salón, deseando que no me hubiera oído.

—¿Qué?

—Es por la sinestesia. Cada mujer con la que he estado me hacía descubrir un color nuevo que no había visto nunca antes.

—Explica eso —pidió con dureza y tomó asiento frente a mí de nuevo.

—No sabría nombrar los colores que veo en mi mente, ya te lo he dicho. Algunos son muy evidentes, como por ejemplo mi nombre, que es de un verde claro... como las cartulinas del cole. —Hice una pausa—. Pero otros no, son colores que no tienen nombre. Cuando conocía a alguien nuevo mi mente le daba uno aleatorio en función de las sensaciones que me despertase, de la sonoridad, o de la forma de las letras que lo componían. Así que además de los recuerdos, me quedo con el color que me dejaron.

Me escuchó con atención hasta que terminé, y luego volvió a levantarse.

—¿Cómo descubriste que te ocurría?

—Por un artículo en el *Huffington Post*. «¿Ves colores en estas letras? Puedes ser sinestésico». —Reí, imitando un tono de voz grave.

Rebuscó en uno de los armarios del salón y regresó con un taco estrecho de hojas gruesas que dejó en la mesa.

—Quizá esos colores sí tienen nombre —dijo.

Alma deslizó los dedos por la primera página del bloc y fueron apareciendo nuevas hojas. Cada una de ellas tenía recuadros con diferentes tonalidades del mismo color y, debajo, el nombre en inglés. Me recordó a los libros de botánica de mi madre con los que jugaba de pequeña.

—¿Qué es esto?

—Un Pantone. Son guías con escalas de colores, trabajo con ellas para

diseñar muebles y combinar la pintura de las paredes.

Entonces, entre tonos de blanco que no había visto ni siquiera en mi mente, encontré uno que me hizo sonreír. *Egret*. Acaricié el papel, como si volviera a acariciarla a ella.

—¿Te recuerda a alguien?

Asentí y busqué sus ojos. Sentí que ahora ella conectaba conmigo. De un modo totalmente inconsciente y con la certeza de que me había equivocado otra vez, había logrado despertar su atención y que dejara de mirarme desde la superficialidad.

—A la primera mujer con la que me acosté —confesé, todavía con algo de temor.

Ladeó la cabeza, comprendiendo. Tomó asiento, interesada en la forma en que observaba los colores que siempre habían estado ahí, aunque mudos.

—Háblame de ella —susurró, conectando esos ojos con los míos—. Y de las que vinieron después.

EGRET³

A Vega le había parecido preciosa Roma. Tan solo llevaba allí tres días de viaje de fin de curso y creía no necesitar más para tener una opinión bien fundamentada. Sin embargo, aquella noche su percepción se estaba viendo un poco alterada.

Era tarde, por lo menos las dos de la mañana, y ya se estaba arrepintiéndose de haberse separado del grupo. Claro que, en aquel momento y en caliente, no había pensado en lo peligroso que podía ser recorrer las calles de la Ciudad Eterna en minifalda y sin más compañía que la de su móvil, que llevaba agarrado con fuerza por si fuera necesario. Pero no soportaba la actitud de Cat, y mucho menos que la hubieran engañado. Prometieron ir a un sitio tranquilo, no a aquel antro de martirizante música electrónica desde el que pretendían ver el amanecer.

Nadie había querido acompañarla de vuelta al apartamento donde se hospedaban y, si bien unos minutos antes lo prefería, ahora hubiera dado lo que fuera por tener a alguien al lado con quien compartir el frío y la sensación de vulnerabilidad cada vez que un tipo le soltaba «*Ciao, bella*». Las farolas no bastaban para iluminar el camino y algunas bombillas estaban fundidas. Ya que no conocía la ciudad tan bien como su Madrid natal, tampoco sabía qué calles debía evitar. Se limitó a seguir el mismo camino que habían recorrido por la mañana para volver, aunque se perdió un par de veces y condujo como pudo. Además de la tarjeta de crédito, se había dejado sobre la cama el mapa de la ciudad y, sin él, su sentido de la orientación dejaba mucho que desear.

Cuando llegó a la plaza donde cogían el autobús exhaló todo el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Aun así, no las tenía todas consigo, porque no había ni un solo taxi. Miró a su alrededor en busca de uno, pero tan

solo vio a una chica sentada en la entrada de un piso y decenas de coches aparcados. Ninguno era blanco, y ninguno tenía esos escudos en las puertas que lo diferenciara del resto. Ni un taxi, y su móvil llevaba unos minutos apagado por la ausencia de batería.

Se dirigió a la parada del autobús y miró los horarios con calma y con la esperanza de que el próximo pasara pronto. No le gustaba ni un pelo tener que quedarse ahí más tiempo. Pero según el cartel ningún autobús pasaría por allí hasta las cinco de la mañana y todo su optimismo se esfumó. ¿Y ahora qué?

Entonces se fijó en aquella chica que, desde las escaleras de la entrada a lo que parecía un piso viejo, consultaba un móvil de esos antiguos. Tenía pinta de ser un Nokia, sin Android y con un teclado numérico que ocupaba más espacio que la pantalla. Observó con cautela su ropa, blanca, de estilo ibicenco, y aquella *tote bag* con el dibujo minimalista de un perro en la que no debía de llevar mucha cosa. No parecía una mala chica, todo lo contrario, así que se armó de valor y, en inglés, le dijo:

—Perdona, ¿sabes si pasa algún autobús nocturno?

—Sí, eso creo.

—Es que no aparece ninguno en los horarios —explicó señalando el poste.

—¿No aparece?

Vega negó y esperó alguna solución por parte de la joven, pero no estaba muy por la labor. Daba la sensación de que no tenía prisa, ningún lugar adónde ir y por eso se encontraba allí sola. No parecía perdida, sino más bien distraída, errante.

—¿Podrías hacerme el enorme favor de pedirme un taxi? —Decidió romper el hielo.

—Sí, claro.

No se lo pensó dos veces y ya estaba llamando a un taxi para que viniera a recogerla. Cuando colgó, le regaló una sonrisa que le hizo estremecerse. No estaba acostumbrada a la buena fe de las personas y se preguntó si ayudar a desconocidos con tanta facilidad era más propio de Italia que de España.

Al rato estaban en la otra punta de la plaza, porque la joven había asegurado que el vehículo vendría por aquella calle y era mejor si esperaban en un lugar visible, no fuera a ser que le quitaran el taxi. Y entre una cosa y otra, le preguntó a Vega que a qué zona iba y cuando le dijo que al barrio de Vittoria su rostro se iluminó.

—Yo también tengo que ir allí —susurró, bajo la luz blanquecina de una farola—. ¿Qué te parece si compartimos el taxi?

—Sin problema —le dijo, pero habría puesto la mano en el fuego por que aquella joven estaba improvisando.

Sin embargo, a medida que hablaba con ella se iba convenciendo de que era su ángel particular. Si bien no había llegado al apartamento todavía, era consciente de que sin su ayuda no habría sido capaz de volver a casa. Le bastaba imaginarse buscando un taxi desesperada por las calles de Roma para hacerle sentir escalofríos.

Durante la media hora que el coche tardó en llegar, la joven le preguntó acerca de sus estudios, del viaje y hasta de dónde venía. Transmitía una sensación de calidez a la que Vega no podía ser inmune, porque por primera vez aquella noche alguien se estaba preocupando por ella de verdad. Le contó lo de Cat y lo feo que le había parecido que nadie hubiera querido acompañarla.

Cuando apareció el vehículo tomaron asiento en la parte de atrás y siguieron con la conversación como si fueran dos amigas que no se habían visto en mucho tiempo. Vega se sentía sorprendentemente cómoda e incluso se había olvidado del malestar, la preocupación y la discusión que le había hecho separarse del grupo.

Llegaron a Viale Giuseppe Mazzini antes de lo esperado y ambas bajaron, pagaron a medias y dejaron un poco de cambio. Vega metió la mano en su bolso en busca de las llaves, pero no lograba dar con ellas. Podía ser el cansancio, que llevaba un montón de cosas o... que se las había dejado arriba. La chica la observaba y le decía que seguro que las había cogido, que allí tenían que estar. Como parecía que no, decidió llamar al timbre, aunque nadie contestó.

—¿Has mirado en ese bolsillo? —preguntó ella, señalándolo.

Vega abrió la cremallera. Ahí estaban.

—Gracias —susurró con una sonrisa burlona. Respiró hondo y forcejeó unos segundos con la vieja cerradura antes de meter la llave y abrir la puerta. Desde el umbral, le dijo—: ¿Quieres subir y te invito a algo para darte las gracias?

Habló sin pensar, le salió solo, aunque en ningún momento creyó que sería una mala idea. Se lo estaba pasando bien, se divertía. Aquel plan le daba mil

vueltas al que le hubiera esperado en la discoteca del centro.

—Vale, pero solo un rato. —Sonrió.

* * *

—¿Aquí duermes tú?

—Sí. Lo sé, es la peor cama de todas, pero fui la última en elegir —dijo Vega dándole un pequeño sorbo a la copa de vino.

Nunca le había gustado el alcohol, a decir verdad. Sus amigas habían querido comprar un par de botellas en el supermercado y así ir preparadas para el ambiente de la noche, aunque al final nadie las había tocado. A su acompañante sí parecía gustarle, ya iba por la segunda copa.

—Pero no te molesta la luz, piénsalo así.

La joven se sentó en la cama de Vega y esta hizo lo mismo. Era la parte inferior de una litera y tenía que reconocer que lo que había dicho era cierto. Cuando Cat se levantaba una hora antes para maquillarse las demás se despertaban por la luz, pero ella podía seguir durmiendo hasta las ocho.

—Es verdad.

Entonces, la chica le dedicó una mirada tan intensa que a Vega se le encogió algo por dentro. Le devolvió el gesto con la misma intensidad y un profundo agradecimiento y, antes de poder adelantarse a los hechos, los labios de la joven estaban sobre los suyos. Fue un beso breve, superficial, como de prueba. Pero enseguida cogieron fuerzas y se sumergieron en uno más pasional. Pronto, las copas de vino estaban en el suelo y las manos de la chica en sus mejillas.

A partir de aquel momento todo pasó muy rápido, o por lo menos así es como lo recuerda Vega, además de muy poco nítido. Su ropa empezó a desaparecer y, con ella, las inquietudes. Se olvidó de dónde estaba, de quién era, de qué había pasado, y se dejó llevar por las sensaciones. Tan solo necesitaba que la joven siguiera haciendo aquello, que continuara desnudando su cuerpo.

Era la primera vez que estaba así con alguien y no sabía muy bien qué hacer, pero no se preocupó por eso. Permitted que su acompañante la guiara, que se colocara sobre ella, que su mano viajara hasta el hueco que había entre

sus piernas. Y Vega, como si fuera un espejo, hizo exactamente lo mismo y suspiró al descubrir aquella humedad. ¿Ella estaría igual?

Comenzaron a moverse una contra la otra por puro instinto. No sabía dónde terminaba su cuerpo y empezaba el de la chica a la que había conocido unas horas antes, pero resolver la incógnita no era una prioridad entonces. Tanteaba el placer mientras los labios de la otra descendían por su cuello, atrevidos, hasta su escote. Lamió sus pechos, con calma, y liberó algún jadeo que no tardó en acallar con otro beso.

Vega pronto notó cómo la desconocida se rendía a los estímulos y respiraba de manera más entrecortada. Estaba llegando y, como era consciente de ello, aumentó la fuerza y la velocidad con la que acariciaba su centro. Se escondió en su cuello y disfrutó de la forma en que gimió una última vez. Ella también estaba cerca, muy cerca, pero su compañera se detuvo, frenó en seco. Se dejó caer por completo sobre su cuerpo, tratando de recuperar el aliento y, cuando lo logró, volvieron a fundirse en un beso que a Vega le supo a despedida y a asunto sin resolver.

—Debo irme —susurró con un tono extraño, entre apenada y arrepentida, como si el orgasmo le hubiera hecho despertar de un hechizo.

Vega lo entendió y, tras ponerse la camisa ancha con la que dormía, la acompañó al portal. Se despidieron con un abrazo y otra mirada cargada de sentimiento, pero con la punzante seguridad de que no volverían a verse. Había estado bien, pero lo que había ocurrido se quedaría para siempre entre aquellas sábanas de la litera de abajo. Vio cómo la joven se alejaba unos metros y, de pronto, dio media vuelta y le dijo:

—Por cierto, me llamo Cecilia. —Y se fue, sin dejar que ella se presentara también.

Vega se quedó unos segundos en el umbral de la puerta, viendo cómo desaparecía en la oscuridad. Degustó aquel blanco roto que merodeaba en su mente mientras repetía «Cecilia» en su cabeza un par de veces. Pensó en aquel giro de los acontecimientos y escuchó a su cuerpo, que todavía temblaba bajo la prenda.

No podía negar que había sentido mucho placer, a pesar de que no hubo orgasmo. Nada de fuegos artificiales, ni rastro de corrientes eléctricas. Pero aquella noche marcaría un antes y un después en su vida, porque acababa de tener sexo por primera vez.

Con una mujer.

POPCORN

Aquella noche la música no le molestaba: el volumen era adecuado, la selección de canciones apropiada. Estaba junto a su nuevo grupo de amigos y todo parecía ir sobre ruedas, aunque ahora estuviera sola en la barra tomando un *gintonic*. Se trataba de un bar de ambiente y lo cierto es que aquellos lugares nunca le habían hecho mucha gracia, menos aún entonces, tras lo que ocurrió en Roma con aquella tal Cecilia. Cada cierto tiempo Vega debatía consigo misma acerca de esa experiencia y trataba de dilucidar si se trató de un simple desliz o bien...

—¡Hola! Me llamo Marga. Qué calor hace por aquí, ¿no? —La chica era pelirroja y hablaba demasiado rápido para el gusto de Vega.

Imaginó un color amarillo cálido muy bonito. Como la yema de un huevo, o como la pintura del dormitorio de sus padres.

—Sí, un poco —susurró sin comprender por qué se estaba presentando.

Observó cómo se sentaba a su lado y pedía un mojito. Al mismo tiempo que el camarero se lo preparaba, se volvió hacia Vega y, sin andarse con rodeos, le preguntó:

—¿Te apetece bailar?

—Lo siento, es que me han arrastrado mis amigos y estoy muy cansada. — Sonrió, y acompañó el gesto negando con la cabeza, casi por acto reflejo. Porque decirle que sí tal vez implicaba otras cosas. Decirle que sí significaría plantearse con más seriedad aquellas dudas que nacían en lo más profundo de su ser...

DAZZLING BLUE

Había sido un día de mierda, empezando por el trabajo. Pese a que llevaba un tiempo en el mundo de la restauración, Vega seguía sin entender por qué la gente era de esa manera. No soportaba las exigencias, las malas palabras ni los aires de superioridad de los clientes, y aquel día se había tenido que enfrentar a un poco de cada.

De camino a casa decidió hacer una parada en una tienda que importaba productos italianos. Entre unas cosas y otras no se trajo ningún souvenir de Roma, más que una caja de Baci. Aquellos bombones de origen perusino eran de chocolate negro y llevaban una avellana dentro. Además, cada uno estaba envuelto con un mensaje de amor que a Vega se le antojaba siempre muy gracioso.

El caso es que le recordaban muchísimo a la capital italiana —aunque no tuviera nada que ver, los fabricaban en Perugia, a casi doscientos kilómetros de Roma—, por eso decidió hacerse con un paquete pequeño. Todavía no había llegado a su portal y ya tenía los envoltorios de tres de ellos escondidos en la mano. Cada vez que se comía uno le venía a la mente un color metálico que asociaba con el propio nombre del bombón.

Mientras sorteaba las baldosas blancas del suelo —manía tonta que había tenido desde pequeña—, pensaba en que debía darle las gracias al artículo que había encontrado en Twitter acerca de la sinestesia por haberle descubierto aquella particularidad de sí misma. Tres días hacía que se había enterado de que no todo el mundo veía colores en las palabras, y que para la mayoría de gente no existían los vocablos mullidos o afilados. En su cabeza, cada nombre tenía una tonalidad única, muchas veces irrepetible, que le costaba incluso definir. Porque ¿cómo se llama ese color verde claro tirando a pastel, pero no del todo? Aquel era el color del suyo, Vega. La asociación era

puramente inconsciente y llegaba tan solo cuando había letras involucradas. Por ejemplo, si acababa de conocer a alguien que no le había dicho su nombre era evidente que no había color, pero si compartía aquel dato, la mente de la joven explotaba en un *Holy Festival imaginario*.

Cuando llegó a casa solo estaba Celia, su compañera de piso —podría jurar que el verla con aquella mascarilla facial frente al ventilador era una imagen lo bastante poderosa como para perderle el respeto por siempre jamás—. La saludó con la mano y fue a esconderse a la habitación con rapidez. Se desnudó, se dejó caer en la cama y encendió el ventilador que había en la mesilla.

Dejó que el aire caliente del ambiente la golpeará una vez tras otra, hasta que el sofoco fue desapareciendo y su cuerpo relajándose. A los pocos minutos dormía de forma tan plácida como no había podido hacerlo aquella noche —el estrés y las altas temperaturas causaron estragos en su sueño—. Aun así, pese a estar dormida, seguía notando un fuego interno que se concentraba en su bajo vientre.

Su subconsciente comenzó a recordarle, de forma muy vaga, cómo la había tocado aquella italiana poco más de un año atrás. No obstante, ya no era ella, sino la chica a la que veía alguna vez cuando cogía el metro a la misma hora. El juego de miradas que se traían y cómo le hacían sentir eclipsaron su descanso y viajó entre sensaciones, fantasías y sueños húmedos.

Llegó un momento en el que se puso bocabajo, todavía dormida, y comenzó a mover las caderas. Pronto su mano acompañó el vaivén, aunque simplemente ejercía algo de presión en su centro. Su mente continuaba proyectando escenas que a Vega le habría gustado transformar en realidad y se recreó en ellas con gusto, como para no hacerlo... Entonces sonó el timbre, y se despertó de golpe.

—Putá Celia y putas clases particulares de matemáticas —murmuró para sí misma, escondiendo la cara bajo la almohada.

Su mano seguía ahí, en su entrepierna, y no fue hasta aquel instante en que se dio cuenta de lo húmeda que estaba. Presionó aquel punto exacto que le hacía temblar y se obligó a contener un gemido. Llevaba varios meses sin sexo, y las últimas veces había sido poco satisfactorio. Tampoco solía dedicarse demasiado tiempo, ya sabes, más por falta de costumbre que por otra cosa. Pero aquella tarde se sentía arder y todavía tenía en mente las

fantasías que habían guiado su sueño.

Con los ojos cerrados, llevó una de sus manos a la mesilla de noche y abrió el cajón de la ropa interior. Rebuscó entre bragas y calcetines, hasta que al fin encontró el aparato que le había robado el aliento alguna que otra vez, o lo que es lo mismo: el regalo que le hicieron sus amigas en su último cumpleaños. Era una bala plateada, larga y fina, con una base negra. La deslizó bajo su cuerpo hasta que se extravió en su intimidad. Presionó el botón y sintió un escalofrío con el primer destello de vibración. Disfrutó de esa sensación, dejándose llevar por el placer de la estimulación.

A los pocos minutos su centro ya se había acostumbrado al hormigueo incesante del juguete y tuvo que volver a pulsar el botón en busca de más intensidad. Durante unos segundos salió de su mente y trató de verse desde fuera. Visualizó la escena: ella desnuda, bocabajo en la cama, el ventilador alborotando su pelo, el vibrador haciendo de las suyas bajo su cuerpo. La imagen le excitó tanto o más como el sueño del que acababa de despertar, y movió las caderas, embistiendo al artilugio con algo de fuerza para que la punta quedara justo sobre su clítoris.

Pegó su rostro al colchón y aguantó la respiración durante unos instantes. Fue poco tiempo, pero se dio cuenta de que su placer crecía exponencialmente, de golpe, así que tomó una bocanada de aire y volvió a hacerlo. El clímax se gestaba poco a poco y cada vez se sentía más cerca. Llevó la mano libre a su pecho y lo pellizcó con fuerza.

Seguía manteniendo el aire en sus pulmones, pero comenzaba a ser demasiado tiempo. Su corazón latía muy rápido contra el colchón, su cuerpo convulsionaba presa del placer, sus músculos se tensaban. Y al final ocurrió: primero lento y luego como un torrente. Una oleada de placer inundó su anatomía de pies a cabeza y sintió que se concentraba en su clítoris. Solo entonces se permitió exhalar el aire que había estado conteniendo y boqueó en busca de nuevo.

Tuvo que apartar la bala del lugar donde se encontraba porque de pronto su intimidad estaba muy sensible. Aun así, se quedó en aquella misma posición, jugueteando con la palabra *orgasmo* en su mente. La sentía suya, como si fuera su creación, y le gustó la combinación de sonidos y de letras. Le pareció poético que comenzara y terminara con la misma vocal y se imaginó aquel mote surcando las olas.

Orgasmo le recordaba a ese azul intenso, a la costa, al velero que se ve con los prismáticos, a las gaviotas volando alrededor de una roca, al faro del acantilado, a la arena entre los dedos de los pies, a la sal.

Orgasmo era tan azul que quemaba en su clítoris y humedecía su mano.

Orgasmo no podía ser, en ningún caso, algo distinto de la maravillosa sensación de las olas rompiendo contra su cuerpo.

Todavía con la respiración entrecortada, el corazón desbocado y las piernas temblando por la intensidad del azul, volvió a sumirse en un sueño profundo, esta vez en un lugar lejano, muy lejano, donde el orgasmo fuera orgasmo en su justa medida: más que una palabra y menos que un color.

ABSINTHE GREEN

A Vega siempre le había gustado la Navidad. Y no por los regalos, las comidas copiosas o el espíritu que se respiraba en las calles, sino porque era la única vez en todo el año que su familia se reunía al completo. La mayoría de celebraciones tenían lugar en casa de sus padres, pues era la que se encontraba mejor ubicada.

Aquel año, no obstante, iban a ser unas fiestas especiales para Vega: se las pasaría trabajando. Había tenido la suerte de que la contratasen en una tienda que formaba parte de una de las cadenas de jugueterías más importantes del país, así que el movimiento estaba servido. Desde el primer día se había sentido muy cómoda en su nuevo trabajo, aunque fuera temporal. Ella creía que se debía al ambiente que había, además del buen rollo entre los compañeros. A veces, al salir del turno de noche, se iban a tomar unas cervezas juntos y aquello terminaba a las tantas. Fue en una de esas ocasiones cuando pudo conocer a Angie más allá de como la veía en la juguetería.

Si tuviera que describirla con una palabra sería, con toda seguridad, magnética. Se fijó en ella el primer día porque creyó que tenía la inconfundible pinta de bollera. O de no hetero en absoluto. No sabría decir a ciencia cierta en qué se basó para asegurarse aquello a sí misma mientras le sonreía de forma enigmática, como diciéndole «Yo también», aunque en realidad murmuró un «Encantada».

A pesar de esa sonrisa cargada de indirectas, Vega predicaba que dos mujeres lesbianas pueden ser amigas perfectamente, al igual que un chico y una chica hetero. Poco después, tuvo que afinar aquel término, porque ¿cuáles eran los lindes? De pronto, necesitaba saberlo con una precisión absoluta, porque a día 24 de diciembre se había pasado la tarde entera mirando a Angie desde el pasillo de los juegos de mesa. Aprovechaba la más mínima

oportunidad para preguntarle lo que fuera, con el pretexto de que era nueva y ella llevaba dos o tres navidades vendiendo juguetes.

Entre una cosa y otra, había logrado obtener más información de la que ya conocía —le encantaban los niños, era muy puntual y trabajaba bien en equipo —, como por ejemplo que su profesión frustrada era veterinaria y tenía un perro llamado Yeti que, posibles implicaciones aparte, era un shih tzu blanco adorable. Esto último pudo confirmarlo al cotillearle la pantalla del móvil cuando lo sacó del bolsillo para mirar la hora y se fijó en su fondo.

Aunque pudiera parecer que Vega estaba al acecho, prefería decir que estaba en modo observación. Cualquier información o detalle sobre Angie era bienvenido y le serviría para completar, pieza a pieza, el puzle.

A pesar de las visitas al pasillo de las muñecas, donde se encontraba ella, la tarde se le antojaba eterna y no podía esperar a volver a casa para disfrutar de la cena de Nochebuena en familia. Cuando por fin sonó aquel politono y oyó el «Señoras y señores, les informamos de que en cinco minutos cerramos el establecimiento» suspiró, agotada, y oyó la inconfundible voz de su compañera tras de sí:

—¿Cansada?

—Mucho —aseguró, y la vio reírse—. ¿Tú no?

—Ya son unas cuantas Navidades por aquí —dijo con algo de socarronería, pero a Vega le gustó la forma en que ladeó la cabeza tras apoyarse en la pared—. ¿Quieres tomar algo?

—Me esperan para cenar... o eso creo.

Desbloqueó su móvil y entró al grupo que compartía con su familia. Una foto de todos los miembros que la formaban frente a una mesa llena de platos deliciosos enviada hacía veinte minutos, y dudaba bastante que se hubieran esperado a probar bocado. Definitivamente, habían empezado sin ella.

—Olvídalo. Vamos a tomar algo —aseguró mientras colocaba la caja del Monopoly Disney Classic que estaba a punto de caerse.

—¿Segura? —quiso saber Angie arqueando una ceja.

—Completamente. ¿Donde siempre?

Ella se quedó en silencio unos instantes y negó:

—Hoy hacen cenas de Nochebuena. Podemos ir al centro, quizá encontremos algún sitio más tranquilo.

Vega sonrió a modo de respuesta y echó a andar detrás de Angie cuando desapareció por el pasillo en dirección a la sala de taquillas.

—¿Te importa ir en moto? Tengo otro casco —le preguntó antes de abrir la puerta.

—Qué va. Hoy vengo abrigada.

Vega sintió un leve cosquilleo al ver la sonrisa que se formaba en el rostro de Angie, enmarcada por aquellos hoyuelos que aparecían con una facilidad que a ella le resultaba cautivadora.

Quince escasos minutos después bajaban por el ascensor del centro comercial para dirigirse al aparcamiento subterráneo del centro comercial en el que trabajaban. No se podría pasar por alto el juego de miradas mientras estaban en aquel cubículo. Vega se sentía nerviosa, pero, al mismo tiempo, extremadamente cómoda junto a Angie. Tal vez fuera la experiencia que desprendía. Esa sensación se acentuó cuando, al abrirse las puertas, su compañera de trabajo la tomó de la mano y tiró de ella hacia el fondo del *parking*, que estaba desierto. En una esquina bastante recogida entre un par de columnas descansaba una Vespa blanca llena de pegatinas de varios grupos de *rock* que Vega conocía solo de oídas.

—¿Alguna vez has montado en moto? —Dejó su casco colgado del manillar.

—Nunca. —Al decirlo, pudo ver el vaho que salió de su boca por el contraste con el frío.

—Siempre hay una primera vez para todo —susurró Angie, con una picardía que a Vega le hizo preguntarse si lo decía con segundas intenciones.

La manera en que la chica se mordía el labio la alentó a olvidarse de los filtros y de la poca vergüenza que le quedaba y, acortando la distancia entre ambas, le preguntó:

—¿Seguimos hablando de lo mismo?

Vega no podría asegurarlo, pero si no seguían hablando de lo mismo tampoco era algo que le preocupara. Quizá todo había adquirido un tono más sugerente demasiado rápido, pero la mezcla entre el frío y la calidez que le ofrecía Angie era tan potente que sintió un subidón lo suficientemente grande como para dejarse acompañar en aquella conversación ambigua.

—¿Primera vez en una moto? Eso creo.

Sin embargo, la chica dio un paso hacia ella y ladeó la cabeza mientras

conectaba su mirada con la de Vega. La rubia se preguntó si, tal vez, era cosa suya y Angie no estaba flirteando. Pero todas las dudas quedaron despejadas cuando la tomó por el cuello de su plumífero y la besó. Así, sin previo aviso y sin indicios. Al principio, ella se quedó inmóvil por la sorpresa, pero un par de segundos después se implicó en el beso y se lo devolvió con las mismas ganas.

«Madre mía, está pasando», pensó.

Y, de pronto, Angie ya no era un misterio y su teoría sobre ella quedaba del todo confirmada: hetero no era. Además, por la forma en que embestía sus labios y la tocaba por encima de la ropa de abrigo parecía que tenía mucha experiencia en el arte de la no heterosexualidad.

A pesar de las frías temperaturas que azotaban la ciudad de Madrid en un día como aquel, Vega sentía muchísimo calor. El corazón le palpitaba en el pecho con fuerza, a juego con la forma desbocada en la que su respiración se ocupaba de mantenerla oxigenada.

Cuando Vega agotó el aire de sus pulmones se apartó lo justo como para tomar una bocanada, dispuesta a regresar al beso enseguida. No obstante, Angie tenía otros planes: agarró a la chica del brazo y la hizo voltearse, quedando de cara a la moto. Sintió cómo se pegaba a ella por la espalda y apoyó ambas manos en el sillín ante la sensación de que perdía el equilibrio al comenzar a jugar con el botón de su pantalón. Lo desabrochó sin miramientos y bajó la prenda junto con las bragas hasta que quedaron en sus tobillos. La rubia pudo notar cómo una brisilla helada azotaba su piel desnuda, pero pronto las manos de su compañera de trabajo, que desprendían calor, recorrieron la parte trasera de sus muslos de forma ascendente. Gimió ante el contraste y separó las piernas cuando ella se lo pidió en un susurro ronco contra una de sus nalgas mientras dejaba un beso allí.

A Vega le parecía que Angie iba un poco rápido, pero entonces recordó dónde se encontraban. Tenían prisa y podrían ser descubiertas de un momento a otro. El morbo hizo que suspirase de forma demasiado audible, aunque aquel sonido de placer se perdió en el eco del *parking*. Volvió a hacerlo en cuanto su compañera separó sus nalgas y enterró la lengua en su intimidad.

«Angie, Angie, Angie», quería gritar. Pero su garganta no estaba por la labor de emitir un solo sonido. Saboreó su nombre en su mente y pudo apreciar con una claridad absoluta el frescor que desprendía. Era un verde

ácido, vivo, que le hizo olvidarse del frío y pensar en la primavera. En los primeros brotes, en cada planta que había muerto en otoño para volver a nacer.

Los lametones eran largos e intensos, muy precisos. Era la primera vez que alguien le practicaba sexo oral y la sensación era mucho mejor de lo que había podido imaginar. La lengua de Angie superaba sus mayores fantasías, regalándole placer una vez tras otra como único cometido. Llevó las manos al sillín, pues la mezcla estaba resultando explosiva: la estimulación en su centro, el hecho de que estaban en un *parking*, que era tan solo la segunda vez que tenía sexo en toda su vida.

Ni siquiera pudo prever el orgasmo que, descontrolado y sin previo aviso, fue liberado y la dejó sobrecogida, abrumada. Ejerció tanta fuerza contra el sillín que la Vespa se movió ligeramente y Vega temió que fuera a caerse cuando más necesitaba que la ayudara a mantenerse en pie. Fue tan rápida que Angie no debió de darse cuenta: tras correrse tuvo que pedirle que parara y, con un «He llegado», se dio la vuelta para quedar frente a ella. Antes de levantarse le subió los pantalones y las bragas y, una vez estuvo a su altura, capturó sus labios. Vega descubrió en su boca algo que no había probado nunca antes. ¿Aquel era su sabor?

De nuevo excitada al encontrarse en ella de aquella manera, hizo lo mismo que había hecho Angie con el botón de sus pantalones, pero en lugar de bajar los tejanos oscuros introdujo la mano bajo su ropa interior. Le sorprendió encontrar una goma gruesa que sorteó con facilidad, pero le llamó la atención y se incorporó para revelar que llevaba unos *boxers* Calvin Klein de color gris. La imagen era muy sugerente y le despertó alguna que otra terminación nerviosa que había quedado anestesiada por el placer.

Al notar cómo se mojaban sus dedos se preguntó si la tela la delataría y le apenó la falta de tiempo para poder comprobarlo. Esparció la humedad por su sexo y acarició la zona con delicadeza, pero con algo de presión al mismo tiempo, imitando los movimientos que se hacía a sí misma cuando se masturbaba. Empezó con círculos más grandes y luego más pequeños y firmes. Se dejó guiar por los gemidos de Angie y la fuerza con la que se aferraba a su brazo. Supo que no le quedaba mucho cuando se escondió en su cuello y, esquivando la bufanda que llevaba, mordió la piel de Vega mientras se corría.

Poco después se apartó rápidamente, como si acabase de salir de un trance que la había mantenido aletargada y se colocó la ropa. Suspiró y sonrió,

pasándose la mano por el pelo para peinárselo en la medida de lo posible.

—Eso ha estado bien —dijo su compañera de trabajo mientras tomaba el casco del manillar.

—Sí, nada mal...

Vega se apartó para que pudiera subirse a la moto. Aun así, Angie posó la vista en el sillín y lo acarició. A pesar de la iluminación insuficiente a la que estaba sometido el *parking* pudo ver las marcas que había dejado al clavar las uñas en él minutos antes.

—Menudo regalo de Navidad —susurró Angie refiriéndose a ellas al tiempo que se volvía hacia Vega con una sonrisa divertida.

SHEER LILAC

Tan solo por la forma en que Celia andaba por casa nada más llegar, Vega supo que no había tenido un buen día. A aquellas alturas ya la conocía lo suficiente como para detectar un poco de agresividad en sus pasos y en el modo de dejar las llaves en la mesita del recibidor.

—¿Cómo te ha ido el examen de Fundamentos? —preguntó desde el sofá, aunque ya podía imaginarse la respuesta. Tenía el mando de la tele en el regazo y aprovechó para poner la serie en pausa, pues llevaba tres o cuatro horas viendo la última temporada de *Bates Motel*.

—Fatal. Justo ha caído el tema que había sacrificado. —Se quitó los zapatos y los dejó en el mueble sin ninguna delicadeza.

—Ven y tumbate un rato, necesitas un descanso. ¿Quieres una cerveza?

Celia asintió mientras se sentaba en el sofá. Pocos segundos después, Vega volvía al salón con un par de botellines y demasiadas ganas de divertirse. Su compañera de piso, por el contrario, solo quería desconectar.

—¿Pero has contestado algo?

—No quiero hablar del examen, Vega... hagamos como si no hubiera pasado.

La chica rio y se acercó más a su compañera de piso. Le parecía bien. Colocó las manos en sus hombros, empezando a masajearlos.

—Oh, eso seguro que me ayuda.

—No sabes nada —susurró Vega, quizá demasiado cerca de su oído. Notó cómo a su compañera se le erizaba la piel y sonrió al descubrirse causante de aquello.

Celia jugueteó con su móvil y enseguida empezó a sonar esa canción de Blondie que siempre lograba animarla. Liberó un murmullo de placer al

mismo tiempo que empezaba a sonar la voz de Debbie Harry, cuando los dedos de Vega presionaron la contractura de uno de sus hombros.

—¿Y el resto del día? —preguntó bajito.

—Me han llamado de la academia que te dije, quieren hacerme una entrevista porque necesitan profesora de refuerzo de Matemáticas. Y tal vez Física también.

Vega detuvo el masaje y logró que su compañera girara ligeramente el rostro.

—¿En serio?

Asintió despacio, escondiendo una sonrisa que no tardó mucho en salir. La rubia la abrazó por detrás y se quedaron así varios segundos. Sus labios rozaron levemente la parte trasera del cuello de Celia por un error de cálculo al cambiar de posición. Aquel contacto sutil hizo que la morena soltara un suspiro y se removiera en el sofá.

—Te gusta —afirmó, y repitió el movimiento sin pensarlo dos veces.

La piel de su compañera volvió a erizarse y, esta vez, Vega llevó las manos a sus hombros y las deslizó por sus brazos con lentitud. Las caricias con los labios se tornaron, de pronto, en besos húmedos que no fue capaz de contener. Seguía absorta, escuchando al cuerpo de su amiga y guiándose por cada una de sus respuestas.

Poco después los besos dejaron de ser besos y se transformaron en leves succiones. Llegó un momento en el que Celia tuvo que echar la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el hombro de Vega, lo que le dio más acceso a su cuello y lo mordió. No hizo demasiada fuerza, pero debía de ser una zona de alta sensibilidad, pues soltó un gemido tan alto que sobresaltó a la rubia.

Ella, que había mantenido los ojos cerrados disfrutando de las sensaciones, los abrió de golpe y se fijó en su piel. Algunas zonas estaban rojas por los mordiscos y otras habían adquirido una tonalidad que tiraba al magenta debido a las succiones. En cualquier caso, ambos podrían camuflarse con un pañuelo al día siguiente, y Vega no le dio más importancia. Lo que sí hizo fue acercarse a su oído y murmurar la letra de la canción que continuaba sonando en bucle, muy bajito:

*«One way or another, I'm gonna find ya', I'm gonna get ya', get ya', get ya', get ya'...».*⁴

Como si se hubiera dado por aludida, se hubiera metido en la canción y

estuviera cansada de huir, se acercó hasta alcanzar sus labios. Dejó que la música la poseyera y sorprendió a su boca con un beso acelerado. Vega pensó que sabía a su nombre, a aquel tono violeta pastel que le recordaba tanto a la pared de la habitación en la que había crecido. Le resultaba curioso que fuera un color tan parecido. Asimismo, ese tono era dulce y afrutado, como sus labios.

—Vega... —susurró contra su boca.

—Calla.

También había pasado con ella el tiempo suficiente como para saber qué rondaba por su cabeza. Sabía cómo se debatía entre lo que quería y lo que debía. Volvió a ponerla contra la espada y la pared con un beso y saboreó sus labios, pidiéndole permiso con la lengua para profundizarlo.

—No quiero arruinarlo todo —dijo entre beso y beso.

—Quizá lo arruinas no dejando que ocurra.

Se miraron a los ojos, diciéndose todo lo que no se atrevían a decir con palabras. Y, entonces, se rindió. Se dejó besar despacio, mientras los dedos de Vega se deslizaban por la piel de sus brazos poco a poco. Cuando ya no hubo ni un atisbo de duda, la rubia se sentó a horcajadas sobre su compañera y todo se tornó mucho más intenso.

—Enséñame todo lo que has aprendido desde que descubriste que eres bollera —le dijo Celia al oído, al mismo tiempo que mordía su lóbulo sin piedad alguna.

De su compañera de piso también sabía acerca de cuánto le gustaba disfrutar del sexo. La había oído más de una vez, porque dormían pared con pared, y no tenía duda alguna de que debía estar a la altura.

—¿Seguro que quieres que te lo enseñe? —Vega arqueó la ceja de aquel modo tan particular, a caballo entre el desafío y la provocación.

Conocía los efectos que causaba aquel gesto en su amiga y se manifestaron pronto; Celia se relamió el labio inferior y se recolocó un poco mejor en aquella posición. Vega sonrió y no se lo pensó dos veces: tomó el botellín de cerveza y lo vertió sobre el escote de su amiga. Ella permaneció inmóvil, tratando de procesar aquello y observándolo todo. La camiseta blanca quedó empapada, pues apenas había bebido de la suya, y comenzaba a transparentarse el sujetador negro de encaje.

Entonces, la rubia tomó la prenda y tiró de ella hacia arriba, bajo la atenta

mirada de Celia. Enseguida se agachó para lamer la zona recién descubierta, mojada, recorriéndola en finas líneas que terminaban en su cuello. Se dejó llevar por el nuevo sabor de la cerveza mezclada con el perfume de su compañera de piso y le mordió la clavícula. ¿El resultado? Sus dientes marcados en la piel fina de la chica, que se enrojeció al instante.

Los brazos de Celia rodeaban el cuerpo de Vega con una fuerza que parecía decir: «Por favor, no te separes», a pesar de que no pensaba hacerlo. ¿Cómo?, si le tenía el ojo echado a su compañera desde que había llegado al piso aquel caluroso sábado de finales de agosto. Era un sueño cumplido y pensaba aprovechar que estaba ocurriendo para demostrarle que merecería la pena.

—Vega... deja de tentarme y da el siguiente paso —dijo Celia, sacándola de sus cavilaciones.

Ella olvidó lo que estaba pensando, hasta el punto de cambiar de posición y quedarse frente a ella. Le desabotonó los tejanos con algo de torpeza, aunque compensó con lo rápido que se deshizo de ellos. Le siguió la ropa interior básica con la que la había visto mil veces pasear por el piso, y hasta hacía unos minutos podría haber jurado que ya se había hecho inmune a ella... pero se dio cuenta de que verla implicaba que iba a desaparecer. Mientras Celia separaba las piernas por pura inercia, Vega empujó con las suyas la mesita que había frente al sofá y aprovechó el espacio recién creado para arrodillarse.

Miró a su compañera desde aquella posición, un perfecto ángulo contrapicado que potenciaba la intensidad de su mirada. Se la sostuvo al tiempo que le acariciaba los muslos, despacio pero constante, ascendiendo de forma gradual.

—Tengo muchas ganas de hacer algo, aunque será mi primera vez —susurró la rubia antes de dejar un beso en su rodilla.

—Haz lo que quieras conmigo. —Su voz, si bien sonaba segura, transmitía una dosis muy alta de excitación que envalentonó a Vega. Cuando esta se abrió paso entre sus muslos y deslizó la lengua una sola vez, todavía ligeramente insegura, añadió—: Lo que quieras.

Tras dos o tres lamidas la probó de verdad y volvió a encontrar en su sabor aquel violeta pastel. Cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación sinuosa de su lengua arrastrando el placer por el sexo de su compañera y, en un murmullo apenas perceptible contra él, degustó:

—Celia.

Pensó, volviendo a estimularla con su órgano caliente, en cómo de bien quedaba la combinación de la ce con la e. Le pareció que ese primer sonido se extraviaba temporalmente entre sus dientes para luego suavizarse con su boca medio abierta. La segunda sílaba cerraba a la perfección aquella palabra, con una ele que nacía casi en sus pulmones y salía envuelta por el aire, tropezándose enseguida con el diptongo creciente. Empezaba pequeño y delgado y se agrandaba hasta volverse más fuerte, con la presencia que se merecía.

«Ce lia».

—Ni se te ocurra parar —dijo la dueña del nombre morado, interrumpiendo todo pensamiento.

Y, por si no hubiera sido lo suficientemente clara, llevó la mano al cabello de Vega y enredó los dedos al tiempo que ejercía una leve presión. La chica lo interpretó como una buena señal y siguió con su cometido sin bajar ritmo ni intensidad. No obstante, abrió los ojos para encontrarse con la mirada profunda de Celia, que la observaba desde aquella posición y, con toda seguridad, llevaba haciéndolo desde el principio. El contacto visual actuó como un detonador y le recordó a la joven cómo de importante era estar a la altura. Así que, sin meditarlo más de la cuenta, introdujo un dedo en el interior de su compañera de una sola embestida que le arrancó un fuerte gemido. Notó, a pesar de la humedad y el calor, cómo sus músculos abrazaban su índice. Le gustó la sensación, sentirse tan deseada y que la necesitara hasta tal punto. Aunque fuera algo provisional, efímero, pasajero; no importaba. Se movió en su interior mientras retomaba la estimulación con su lengua y no le hizo falta mucho más tiempo para notar cómo se tensaba de pronto, abandonándose al placer. Ahora estaba más mojada, ardía y sus párpados se cerraron.

Casi pudo sentir junto a ella esa corriente eléctrica que la dejó inmóvil e hizo que aflojara el agarre a su pelo. Descansó la mirada en su pecho, que subía y bajaba sin intención de aminorar el ritmo. Se incorporó, acariciando sus piernas en sentido ascendente mientras se dirigía hacia arriba y se sentaba a su lado antes de buscar sus labios. Incluso con los vestigios de su sabor, seguía pareciéndole igual de dulce.

—Tu turno, enséñame todo lo que has aprendido desde que descubriste que eres bisexual —susurró Vega contra su boca.

SAFFRON

Vega siempre había celebrado su cumpleaños rodeada de familia y amigos. O, por lo menos, durante sus primeros dieciocho. Sin embargo, a las once en punto de la noche de su decimonoveno cumpleaños ya había perdido toda esperanza de que le hubieran preparado una fiesta sorpresa.

Tras rescatar una magdalena que había sobrado del desayuno, le puso una vela que estaba perdida en el cajón de la cubertería, de rayas blancas y azules. Ayudándose del encendedor de la cocina y exenta de glamur, prendió la mecha y se dejó sorprender varios segundos por la forma que tomaba el fuego.

Se colocó frente a la encimera de la cocina y se agachó levemente con la intención de soplar la vela. Hinchó los pulmones, dispuesta a capturar la mayor cantidad de aire posible y entonces...

«¡Un deseo! Debo pedir un deseo».

Así que recuperó el ritmo habitual de su respiración mientras pensaba en uno. Solo uno. Un par de minutos y una vela a medio consumir después, logró dar con un deseo que había tenido desde pequeña, muy relacionado con sus aspiraciones en la vida, y se dispuso a soplar de una vez por todas.

En esta ocasión no le dio tiempo a tomar una bocanada de aire siquiera. Sopló de cualquier manera, sin deseo y sin nada. Quizá el destino no quería que lo pidiera. Respiró hondo mientras salía en dirección al salón, en busca del móvil que, por enésima vez en aquel día, entonaba las primeras notas de la nueva canción de Dua Lipa. Estuvo a punto de no cogerlo porque no conocía el número y, además, tenía un prefijo que no había visto nunca.

—¿Sí?

—*¡Felicidades, cumpleañera!* —dijo la chica al otro lado del teléfono, arrancándole una sonrisa al instante.

Vega reconoció a su dueña en un tiempo récord, quizá porque había estado esperando volver a oír su voz durante mucho más tiempo del que pensaba reconocer.

—¿Desde dónde me llamas, petarda?

—*London calling, baby!* —susurró con un acento inglés mucho más marcado del que le había oído otras veces.

—Pues espero que no sea a cobro revertido...

—*Menudo regalo de cumpleaños sería ese, ¿eh?* —Rio. Y varios segundos de silencio. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que habían hablado que ahora, tras casi un año sin contacto, las cosas no eran lo que habían sido. No podían serlo—. *¿Cómo estás?*

—De momento no hay regalos, ni tarta ni fiesta sorpresa —dijo enfurruñada, fingiendo que se trataba de la mayor ofensa hasta la fecha.

—*Es lunes, Vega, la gente trabaja. Además, piensa que te quedan 364 días de no cumpleaños para celebrarlo.*

Le llevó un instante comprender la referencia, porque al principio le pareció lo más incoherente que había oído en los últimos días, pero sonrió ampliamente tan pronto como su cabeza hizo clic. Acababa de citar al Sombrerero, el personaje favorito de su libro favorito.

—¿Leíste el libro que te regalé? ¿El de *Alicia en el país de las maravillas*? —No se lo podía creer. Cuando se lo dio y vio cómo lo guardaba en el cajón pensó que no le haría ni caso. Fue una dura batalla entre su miedo por prestarle el ejemplar al que le tenía tanto cariño y una brizna de esperanza por si lograba acercarla al mundo de Lewis Carroll.

—*Aquí todos estamos locos.*

Y Vega sonrió al móvil.

—¡No me dijiste nada! ¿Qué te ha parecido?

—*Muy tú* —soltó, como si hubiera estado pensando sobre ello y ya se esperase la pregunta.

—¿Cómo es eso?

—*A primera vista puede parecer simple, pero está lleno de secretos.* — Su voz se volvió más seria.

Un pinchazo se hizo eco en el bajo vientre de Vega y, luego, miles de sensaciones se instalaron en la zona. Recordó los favores, las miradas desde

el mostrador, los abrazos sin venir a cuento.

—Vaya, eso ha sido intenso.

—*Es por el tiempo, el frío y la lluvia me han vuelto más intelectual — bromeó.*

—Qué imbécil. ¿Qué haces allí?

—*Lo mismo que en España, pero cobrando casi el doble, y además me siento guay cuando voy por la calle.*

Como siempre, su antigua compañera de trabajo lograba tomárselo todo con humor, pasara lo que pasara. Y aquella era una virtud que realmente apreciaba de ella y es que, hasta en el momento más difícil, había logrado sacarle una sonrisa. Nunca podría olvidar cuánto la ayudó aquella vez que fue al trabajo corriendo y, entre lágrimas, le confesó a la chica que sus padres le habían dicho que le había llegado la hora de irse de casa.

—Suenan tentador.

—*No es tan bonito. —Hizo una pausa y añadió—: Echo de menos el sol, las croquetas y a vosotros. Ahora me doy cuenta de que en el bar no estábamos tan mal, por lo menos nos lo pasábamos muy bien, sobre todo cuando cerrábamos y poníamos la música a tope para limpiar.*

Claro que no estaban tan mal. No estaban mal en absoluto. Pero mientras que Vega se conformaba con un trabajo que le diera los ingresos suficientes para sobrevivir y darse algún que otro capricho de vez en cuando, ella nunca tenía suficiente.

—No es lo mismo sin ti, ¿lo sabes?

—*Espero que no lo sea, si no puedo empezar a preocuparme...*

Ya no encontraba notas en la taquilla, ni le conseguía trozos de tarta de queso de extranjería. Aunque fuera solo por eso, ya nada tenía que ver. Y lo había hablado con el resto: todos reconocieron que al bar le faltaba la alegría de siempre.

—Mucha suerte por allí. Y cómprame un imán, que no tengo ninguno de Londres —dijo, asomándose a la cocina para comprobarlo en la puerta de la nevera.

—*Hecho. Cuidate, ¿vale?*

«¿Volverás a llamar pronto?».

—Oye, ¿crees que me prepararán algo? —susurró, esta vez preocupada.

—*Seguro que Celia está planeando un fiestón. ¿No está contigo?*

—No, empezó a salir con un chico hace unas semanas y apenas le veo el pelo.

—*Si estuviera allí nos habríamos ido a cenar al japonés de la esquina de tu calle como mínimo.*

—¿Como mínimo? ¿Y como máximo?

—*Bueno, sé que siempre guardas una botella de tequila en el armario de la cocina. Podría ser un buen día para celebrar con un chupito.*

—¿Solo uno? ¡Que cumplo diecinueve!

—*Unos cuantos. Eso sí, si acabo comiéndote la boca no me culpes.*

Otro silencio, esta vez uno que funcionó como una pausa necesaria para ambas. A Vega le permitió analizar las palabras de la chica al otro lado del teléfono. En su interior se libraba un debate, pues había pasado mucho tiempo. ¿Debía seguirle el juego o era mejor dejar las cosas como estaban?

Pero ella nunca había sido una chica de decisiones meditadas, ni de excesiva planificación y, mucho menos, visión de futuro. *Carpe diem*, como diría su madre, que, pese a ser profesora de latín, no había logrado que aprendiera las nociones básicas de aquella lengua, pero sí que se había adueñado de aquel tópico que para su hija ya era una filosofía de vida.

Así que, algo nerviosa y tras carraspear levemente, preguntó:

—¿Qué has dicho?

—*Olvídalo.*

Ahí estaba. Un paso hacia adelante, dos pasos hacia atrás, como tantas otras veces.

—No, dímelo.

—*Que no me culpes si acabo comiéndote la boca.*

—¿Crees que eso podría pasar?

—*Si bebo sí, podría pasar.*

—¿Por qué?

—*Porque no controlo.*

—¿Y por qué no ibas a controlarte?

—*Joder, Vega. No me hagas esto, ya sabes cuál es la respuesta.*

—Si la supiera no te preguntaría.

—*Porque me ponías mucho.*

Fuertes declaraciones. Otro vuelco en el estómago, nuevamente ese calor, ese fuego inconfundible que hacía tiempo que no sentía y que la voz al otro lado del teléfono avivaba con tanta facilidad.

—¿Y ya no?

—*Vega...*

—Vamos, responde, es mi cumpleaños. —Aquella excusa era infalible.

—*Sí.*

—Pudimos tener nuestro momento.

Mierda.

No debería haber dicho eso. Ahora sí que le estaba dando motivos para echarse atrás.

—*Lo sé* —dijo suavizando la voz, y suspiró contra el auricular—. *Pero entonces no estaba lista para reconocerlo.*

—¿Lo estás ahora?

Silencio absoluto, salvo por la sirena de una oportuna ambulancia que cruzaba la calle en mitad de la noche.

—*Ajá.*

«¿Qué ha cambiado?», le hubiera gustado preguntarle.

No obstante, ya había ahondado lo suficiente y, aunque la curiosidad la estuviera consumiendo por dentro, se calló. Se calló y se limitó a sentir una corriente eléctrica, entornó los ojos y se permitió que la recorriera por completo.

—*¿Sigues ahí?*

—*Sí.* —Tragó saliva e hizo acopio de todo el *carpe diem* que llevaba dentro y que parecía haber impregnado la conversación—. Tú también me pones mucho, S.

Un suspiro y un pequeño gemido fueron suficientes para desarmar a Vega. Tal vez su amistad no había superado el paso del tiempo como les hubiera gustado, pero esta nueva versión de ellas no le disgustaba en absoluto.

—*No te haces una idea de todo lo que te haría si estuvieras aquí.* —A S. la voz le salió un tanto ronca, cargada de deseo.

—¿Después de un combo familiar y *cheesecake* de *matcha* en el japonés de la esquina?

—*O antes.*

—Joder.

—*¿Sabes qué he querido hacer desde que te vi por primera vez?*

—*¿Qué?*

—*Descubrir cómo se ve el mundo desde el lugar que hay entre tus piernas hasta sentir tu orgasmo en mi boca.*

—Mierda, S.

—*La mayor ventaja de conocerte tan bien es que me sé todos y cada uno de tus puntos débiles.*

—*¿Los recuerdas?*

—*Claro. ¿Dónde estás ahora?*

—*En el salón, frente a la terraza.*

—*¿Qué llevas puesto?*

—*Eh... una camiseta larga vieja.*

—*Espero que no le tengas mucho aprecio, porque me encantaría dar de sí el cuello de esa camisa para morderte las clavículas.*

—*Una pérdida aceptable.*

—*¿Verdad? Aun así, me encantaría follarte con ella puesta. Me basta con levantarla, ¿no?*

—*Sí.*

—*Pues así lo haría. Primero me recrearía con tus piernas, ya sabes lo que me he fijado siempre en ellas.*

Y, a medida que la voz la guiaba, las manos de Vega se perdían en sus muslos, acariciando la cara interna peligrosamente. Se sentó en el sillón que había a su lado y cerró los ojos mientras oía la respiración entrecortada de la chica.

—*S...*

—*¿Sí?* —preguntó en medio de un gemido.

—*¿Te estás tocando?*

—*Un poco.* —Rio—. *Hazlo conmigo.*

Dicho y hecho. Se acomodó mejor en el asiento y dejó que sus manos subieran lento pero sin pausa hasta dar con la tela de sus bragas.

—*¿Estás tan mojada como yo?*

—*Seguro que más. He tenido que quitarme el tanga hace unos minutos. Y no te creas que hace calor, fuera estamos a diez grados y llueve a mares.*

—Quizá estás tan mojada por la lluvia.

—*O quizá es por ti.*

—¿Cómo te estás tocando?

—*Estaba tratando de ser paciente, pero me puedes. Ahora mismo estoy acariciándome y me siento muy muy cerca...*

Vega hizo lo mismo. Extendió su humedad por todo su sexo y se dejó llevar por el roce suave de sus yemas mientras pensaba en la dueña de aquella voz, que hacía exactamente lo mismo a casi 2000 kilómetros de distancia.

—*Vega, dime una cosa.*

—Mmm...

—*¿Te gustaría que entrara dentro de ti mientras te lamo entera?*

—Por favor —atinó a decir.

—*Si me lo pides así... empezaría con un dedo.*

—Otro.

—*Está bien, que sean dos. Pero los dejaría quietos en tu interior hasta que viera que me necesitas de verdad.*

—Te necesito de verdad.

Y no se refería solo a ese escenario hipotético en el que ambas estaban en la misma habitación. Introdujo los dedos en su interior.

—*En ese caso los movería sin dejar de mirarte a los ojos mientras te pruebo una vez tras otra.*

—Si hicieras eso me correría enseguida.

—*No importa, hazlo. Córrete* —ordenó—. *Tenemos toda la noche.*

Aquel cambio de condicional a imperativo fue del todo deliberado. La chica quería que lo hiciera, y Vega se moría por sentir el orgasmo. Así que no permitió que su cuerpo se acostumbrara a la invasión: comenzó a mover los dedos con fuerza, con desesperación. En algún momento dejó de controlar lo alto que gemía y no pensó siquiera que podría resultar molesto al otro lado. La mano que sujetaba el teléfono le temblaba y, en alguna ocasión, dejó de oír su voz que, entre susurros que estimulaban su mente y le erizaban cada vello, le pedía:

—*Córrete para mí.*

—Hostia puta —maldijo Vega, al tiempo que sentía cómo cada célula de su cuerpo se precipitaba al vacío, en dirección a aquel azul eléctrico que la

esperaba con ansia.

Muy intenso, de los más intensos hasta la fecha.

Llegó al orgasmo en silencio, pero cuando el placer comenzó a azotar todo su cuerpo liberó el último gemido, junto a un:

—Qué bien me follas, Siena.

Y normalmente no utilizaba su nombre, sino el diminutivo, que le gustaba más, pero desde luego aquella había sido la mejor sorpresa de cumpleaños y quería que supiera que lo decía de verdad.

El azul del orgasmo se entremezcló con el amarillo del nombre de S. Tenía una leve tonalidad anaranjada que le recordaba a un atardecer en la Toscana, puede que se debiera a la relación inconsciente que había hecho su mente con la ciudad.

Todavía tratando de digerir aquella sensación que había alterado hasta el espacio más pequeño de su ser, oyó al otro lado de la línea un murmullo suave y un gemido muy parecido al suyo.

—*Vuelve a decirlo* —le pidió, en forma de súplica.

—Qué bien me follas, Siena —repitió. Aquello le permitió sentir de nuevo el atardecer, que viajó de norte a sur.

Notó que estaba llegando al clímax y sonrió mientras observaba cómo su pecho subía y bajaba, desbocado. Solo entonces y, todavía en una nube de placer a la que había sido transportada, le preguntó:

—¿Cuándo dices que vuelves?

—*Pronto* —susurró.

Vega no supo si lo decía de verdad, pero definitivamente era la respuesta que se moría por oír. Aun así, quiso insistir.

—¿Cuánto tiempo es pronto?

—*A veces, solo un segundo.*

HONEYSUCKLE

«Llámame Cassie», le había pedido.

Y así llevaban media hora: Cassie esto, Cassie lo otro.

A medida que se iban alejando del centro de la ciudad en metro más nerviosa se ponía Vega. No eran nervios malos, todo lo contrario. Se trataba de una curiosidad abrumadora que nacía en lo más profundo de su ser y estimulaba su mente de un modo extraordinario.

Era pleno invierno y a nadie le extrañaba que un par de jóvenes se hubieran colocado las chaquetas sobre el regazo. Nada que llamara la atención aparentemente, ni siquiera el hecho de que Cassie hubiera recostado la cabeza en el hombro de Vega, mostrando al mundo una expresión adormilada que no tenía nada que ver con la realidad.

Bajo la chaqueta de la rubia, las cosas eran muy distintas. Ya hacía varios segundos que su acompañante había comenzado a acariciarle el abdomen por encima de la camisa. Y lo que en un inicio era un gesto cariñoso se había ido transformando poco a poco en algo casi opuesto cuando el roce había tenido lugar entre sus muslos.

Las medias que la rubia llevaba bajo la falda de cuadros no eran lo suficientemente tupidas como para amortiguar las caricias de fuego de Cassie, así que había llegado un punto en el que la única opción que le quedaba era seguirle el juego y fingir que también dormitaba. En su cabeza, no obstante, se iban urdiendo posibilidades infinitas de venganzas, que no dudaría en poner en práctica cuando fuera que llegaran a su destino.

También podría esperar a tener una cama delante y ocuparse de que la morena aprendiera que, si jugaba con fuego, acabaría quemándose. Esta vez no se rendiría ante su piel clara, esa forma en la que se recogía el pelo o el

vestido ajustado de lana que había decidido ponerse aquel día y que marcaba cada curva de su cuerpo. Aun así, Cassie tenía otros planes. O tenía los mismos, pero eran del todo incompatibles con la sed de venganza de Vega.

—Nos bajamos aquí —le susurró al oído, y dejó ir una bocanada de aire cerca de su cuello que le erizó la piel.

Por suerte, apartó las manos de su cuerpo y se puso en pie. Vega imitó sus movimientos y bajaron en una estación desolada. No podía dejar de preguntarse qué narices había en aquel lugar que compensara los veinte minutos de viaje, y lo descubrió tan pronto como abandonaron el edificio. Frente a ellas se alzaba un centro comercial de varias plantas con un cartel luminoso que les daba la bienvenida y las invitaba a entrar.

No dudaron en cruzar las puertas automáticas para alejarse cuanto antes de los siete grados que había fuera. Mientras Vega miraba a su alrededor, observando cada tienda y pensando en cuál le gustaría entrar primero, Cassie tomó su mano y tiró de ella hasta una que había al fondo: dos plantas enteras de ropa de mujer, con colas larguísimas en las cajas y mucho desorden, probablemente debido a la falta de personal.

Vega seguía procesando la sorpresa de aquella tarde cuando, al pasar por delante de la sección de lencería, Cassie hizo que se detuvieran. Empezó a pasar una a una las perchas que había en el colgador de los picardías y a poner esas caras que la rubia disfrutaba observando. Se mantuvo lejos como para no molestarla, y cerca al mismo tiempo para poder apreciar aquellas facciones que adoptaban un tono ligeramente sexual. ¿En qué estaría pensando?

—¿Vega? —preguntó girándose un poco para comprobar que seguía allí.

—Dime.

Anduvo unos pasos hasta colocarse al lado de Cassie. Esta, sin mirarla siquiera, le tendió una percha con un *body* de encaje de color burdeos. La joven lo observó y pensó en los usos infinitos que podría darle a aquella prenda. Enseguida recordó la escena en el metro, o lo que es lo mismo, una excusa lo suficientemente buena como para hacerse con la pieza y darle a su amiga la venganza que se merecía.

—¿Te gusta para mí? —quiso saber Vega.

—Tiene que gustarte a ti. Pero sí, me gusta para ti.

Mientras continuaba dándole vueltas al asunto, vio cómo ella se cogía un sujetador negro básico, sin fijarse en la talla siquiera, y le dijo que fueran a

los probadores. El hecho de que hubiera elegido la primera prenda que tenía delante le resultó muy revelador: ¿de verdad iban a probarse ropa?

Fuera cual fuese la idea que Cassie llevaba en mente, a la rubia le iba a parecer bien. Llevaban un tiempo siendo amigas, pero en los últimos meses habían tenido lugar aquellos acercamientos puramente sexuales en los que había solo una norma: sin sentimientos. Y no se referían a verse solo para tener esos encuentros, sino a que su amistad se reducía a eso, amistad, pese a que fuera con derechos.

Para Vega estaba bien así: la chica le había atraído mucho desde el principio y los momentos de desconexión y alivio con ella no le venían nada mal. De hecho, de un tiempo a esta parte era quien los buscaba más, quien se acercaba a la otra con un «¿Lo hacemos?» que nunca tenía un «no» por respuesta. Hasta entonces todo había sucedido según lo acordado: se acostaban y tomaban unas cervezas, aunque a veces era al revés. Pero en todos los casos lo que ocurría en la cama no afectaba a su relación ni les había hecho plantearse a ninguna de las dos que aquella dinámica estuviera obsoleta.

Como no era de extrañar, a esas alturas se tenían tanta confianza que entraban en el mismo probador para ver qué tal les quedaba la ropa. Vega se quitó la chaqueta bajo la atenta mirada de Cassie y, a punto de hacer lo propio con los botones de la camisa, la morena la detuvo. La empujó contra la pared con su cuerpo y, de un movimiento ágil, tomó sus muñecas y las colocó a ambos lados.

Sus labios colisionaron antes de lo previsto y se fundieron en un beso desesperado, como si se hubieran encontrado tras haber estado meses separadas. Lo cierto es que hacía tiempo que no se besaban, pero nunca había sido de aquella manera. Pese a su amistad, basada en la confianza y la sinceridad, ambas disfrutaban de aquellos encuentros que las llevaban a otro nivel, sin ataduras, sin presiones, tan solo dejándose llevar.

Sin cambiar de posición, Cassie enterró el rostro en su cuello y le mordisqueó el pedazo de piel que escondía su pelo y que activaba cada uno de sus sentidos. De vez en cuando le daba un descanso lamiendo con una lentitud considerable el lugar sobre el que acababa de hincar los dientes. Entre una y otra, Cassie coló una pierna entre las de Vega y, antes de presionar su sexo, liberó una de sus manos para cubrirle la boca con la suya. Buscando sus ojos, le dijo:

—Si hablas, paro. Si haces ruido, paro. Si gimes, paro. —Su voz sonaba autoritaria y no se permitió ensuciar esa imagen con una sonrisa que podría restarle toda seriedad.

A Vega no le dio tiempo a decidir hasta qué punto aquello era justo y Cassie ya estaba ocupándose de desabotonar su camisa. Le encantaba desnudarse para alguien —poco a poco, para dilatar así el momento—, pero le resultaba mil veces más sexi que se lo hicieran a ella. Además, tenía la mirada clavada en el espejo de enfrente y podía ver su propio rostro, teñido por el morbo a medida que la chica llegaba al final de la prenda.

La mano libre de Vega se desplazó hasta el pelo de Cassie y enterró los dedos, tirando con fuerza. La morena hizo una mueca y, esta vez, inmovilizó ambas manos con una suya. Podría zafarse de su agarre en cualquier momento, pero el hecho de no tener permitido tocar cuanto quisiera le hacía excitarse aún más.

La rubia estaba haciendo un esfuerzo titánico con tal de no liberar ningún gemido ni hacer ruido alguno que pudiera provocar que las pillaran. Apretó los puños con fuerza y, tras echarle un vistazo a su reflejo, cerró los ojos y se mordió la lengua al sentir los labios de Cassie en su escote, su lengua bajo la copa del sujetador y sus dientes capturando su pezón. No tenía intención de reconocerlo en voz alta, pero aquella mujer sabía exactamente cómo hacerle perder el control.

Tras un par de embestidas, Cassie notó un calor intenso en la intimidad de Vega y sustituyó la pierna por sus dedos una vez hubo bajado las medias, todavía por encima de las bragas. La rubia se sentía al límite y cada vez le resultaba más complicado contenerse. Fue aún peor cuando la chica se dedicó a arañar sus ingles en sentido descendente, lo que provocó que un grito quedara silenciado en su boca. Se centró en la imagen de la morena mordiendo por última vez sus pezones antes de trazar un camino de besos por su vientre. Evitó su sexo a propósito y siguió por sus muslos, agachándose para tener mejor acceso.

Pese a que llevaba las medias en los tobillos —y apretaban, pero no podía pensar en eso entonces—, Cassie mantuvo la falda en su sitio. Tan solo la apartó lo suficiente como para atrapar con sus dientes el borde de las bragas y bajarlo sin perder el contacto visual. Después subió y buscó sus labios de nuevo, y se sumergieron en un beso salvaje que a Vega le hizo temblar.

Entonces, Cassie volvió a arrodillarse y se dedicó a besar sus muslos con parsimonia, poniendo a prueba a su víctima. Tras varios minutos separó sus piernas y dejó una lamida larga y lenta en su intimidad que hizo que todo su cuerpo se estremeciera. Repitió aquel movimiento y pudo degustar la humedad de Vega, que hacía verdaderos esfuerzos por mantenerse en pie y en un silencio de lo más absoluto.

Cassie la torturó con lamidas lentas y espaciadas y tan solo cuando detectó que estaba muy cerca introdujo dos dedos en su interior. Los mantuvo quietos y poco después comenzó a moverlos buscando ese punto que le hacía suspirar. Dio con él muy pronto y lo presionó al mismo tiempo que la morena arqueaba la espalda y se dejaba guiar por el placer.

—Mierda, Cassie, siempre me llevas al límite —susurró.

Y mientras pronunciaba su nombre, Vega se corrió y tuvo que cubrirse la boca con la mano. Se mordió la palma con fuerza, reprimiendo cualquier sonido, porque no podía parar en aquel momento. Ser sorprendidas no era una opción viable cuando el orgasmo la perseguía.

«Cassie»: sinuoso, serpenteante, ondulado. Aquel color que le recordaba tanto al helado de frambuesa derrochaba energía, movimiento. Era inquieto, nervioso. Y nadie podía pararlo, ni siquiera ella supo pausar esa sensación vertiginosa que la acompañó en aquel clímax violento.

Su otra mano volvía a estar en el pelo de Cassie, tirando fuerte de él para que no se apartase ni un segundo. Pensó en lo bien que sonaba Cassie y susurró su nombre mientras el placer se extendía por cada rincón de su cuerpo.

—Joder, Celia, ha sido... demasiado —murmuró al sentir unos labios sobre los propios, demasiado exhausta como para corresponder el beso mínimamente bien.

—Chsss... Te he dicho que hoy me llamas Cassie.

INTERLUDIO

¿Preparada? ¿Lista? Ya.

—Celia me gustaba mucho. —Hale, ya está, acababa de confesarlo en voz alta por primera vez en mi vida.

Me pareció advertir un amago de sonrisa en sus labios, pero desapareció enseguida. ¿Qué le hacía gracia de todo aquello? Yo no lo recordaba como un camino de rosas precisamente. Arqueé una ceja mirándola, al mismo tiempo que trataba de descifrar el significado de sus facciones. Pese a que en un inicio no comprender qué pasaba por su cabeza me hacía sentir una gran desventaja, esa sensación se fue disolviendo con la diversión que suponía que hiciera cosas que no esperaba, como cuando preguntó:

—¿Y qué pasó?

Reí ante su evidente tono de curiosidad que rozaba el cotilleo y me sentí dueña de la situación, de la información, de la noche. Aunque fuera solo por un momento, un puro espejismo.

—No sé a ti, pero a mí me gusta mantener un orden cronológico de los acontecimientos cuando cuento las cosas —dije antes de ladear la cabeza a la espera de su reacción.

Aprovechó el silencio en el que había derivado la conversación para rellenar su copa de vino. Una vez hubo vertido lo que quedaba de la botella y sin dejar de observar el efecto visual que hacía el cristal, me miró.

—Tienes razón —comentó en un tono neutro, impasible.

—¿Tú no vas a contarme nada de tus antecedentes?

Me vi casi obligada a preguntarlo, porque la curiosidad me consumía. Sabía mucho de ella —tal vez demasiado para una primera cita—: trabajo, aficiones, estilo. Pero no había encontrado pista alguna sobre las personas que

habían pasado por su vida.

Le dio un sorbo a la copa y yo hice lo mismo con el botellín de cerveza. Había pasado tanto tiempo hablando que se había calentado, aunque preferí no decir nada. No quería incomodarla, ni romper aquel ecosistema de respeto y ausencia de juicio que me había costado unas horas ganarme.

—La verdad es que no hay nada relevante. —Se recolocó en el tresillo, subiendo las piernas para acomodarse mejor y buscó mi mirada—. Tuve un novio en la universidad, tres años. Se llamaba Lucas y lo dejamos porque se pilló por su compañera de prácticas. Luego conocí a la mujer que creía que era el amor de mi vida, pero resultó que no. Nos llevamos bien ahora, por Vesta.

Señaló el brazo del sofá, donde la gata se había acurrucado y dormía plácidamente. Observé al animal, ahora relajado y sin rastro alguno de maldad. Me resultó mucho más adorable que durante la cena, con aquella mirada penetrante que todavía me hacía estremecer. Sin embargo, todavía hubo algo que me cautivó más: Alma acarició el pelaje de su mascota con una suavidad y un cariño que contrastaba por completo con la imagen que tenía de ella.

—¿Por Vesta?

—Tenemos custodia compartida.

Aún la miraba, y me pareció encontrar en aquel gesto a la verdadera Alma. La que trataba de ocultar todo el rato, la que mantenía bajo la máscara a cada segundo.

—¿Cómo hacéis eso?

—Un mes está con ella y al siguiente conmigo —explicó sin poder ocultar el desagrado que le producía sacar ese tema a colación.

—Imagino que debe de ser complicado.

—La echo mucho de menos cuando no está. Entre nosotras, creo que soy su favorita.

No me extrañaba en absoluto, pues apenas las había visto interactuar, pero lo que había presenciado era suficiente como para poder afirmar que tenían un lazo muy especial. Estaba segura de que su ex no se preocupaba tanto como ella.

—Míralo por el lado positivo: puedes irte de vacaciones sin pagar canguro.

Río y negó un par de veces con la cabeza.

—Preferiría pagar canguro.

No supe qué responder, de modo que me incorporé y, levantándome del sillón en el que estaba, le pregunté a Alma dónde se encontraba el baño. Una vez me dio las indicaciones necesarias, anduve por el pequeño pasillo que había, cuyas paredes asépticas estaban decoradas con decenas de fotografías de ciudades en blanco y negro —reconocí la torre Eiffel, el Big Ben y el Coliseo—.

El baño combinaba azulejos blancos con otros grisáceos y, pese a que ambos eran colores fríos, me invadió una calidez que agradecí. Frente a Alma había intentado mantener la compostura para parecer de su agrado y comenzaba a resultar agotador. Tal vez no compensaba el esfuerzo de contenerse así por alguien, pero es que la recordaba allí en el sofá, con aquel vestido azul, acariciando a su gata mientras bebía vino y estaba segura de que iba a merecer la pena.

Me mojé la mano con agua fría y la llevé a la parte trasera de mi cuello para refrescarme. Me encontré en el espejo y me retoqué el pelo. Las ondas y el maquillaje permanecían en su sitio, aunque el cuello de la camisa de cuadros estaba mal colocado. Me lo puse bien antes de salir al pasillo para regresar donde había dejado a mi cita.

En cuanto llegué al salón pude advertir dos elementos que no estaban: el primero, aquella música *indie* cuya procedencia no supe identificar; el segundo, Alma se había puesto unas gafas redondas y plateadas, un poco retro, y miraba algo en su portátil. Ni siquiera levantó la vista de la pantalla cuando me senté en el sillón, de nuevo frente a ella.

—¿Sabías que también se le llama colores marcianos?

—¿Qué?

—A la sinestesia. Se incorporó este término a raíz de un hombre daltónico que aseguraba que era capaz de ver colores alienígenas, pero los percibía por la sinestesia.

—No tenía ni idea. La verdad es que no he investigado mucho sobre el tema, por raro que pueda parecer. Todo lo que sé es que la padecían muchos artistas.

Alma seguía absorta por la información que le mostraba el ordenador. Podía observar sus dedos acariciando el panel táctil en sentido descendente,

supuse que para bajar por la página por la que navegaba.

—Sí, artistas de todo tipo. Escritores como Nabokov, pintores hay bastantes, entre ellos Van Gogh y Kandinsky. Y músicos también, ¿conoces a Nikolái Rimsky-Kórsakov? Estos te suenan seguro: Billy Joel, Stevie Wonder o Pharell Williams.

De pronto, Alma hablaba con una emoción que me abrumaba. Pude sentirla más cerca, solo un poco, pero es que se estaba interesando por algo mío además de mi vida romántica y sexual, y aquello me producía una sensación de felicidad —o tal vez alivio al descubrir que por fin salía bien— que no podría expresar con palabras.

«Que vas bien, coño», pensé.

Y si lo hacía realmente o no era otra cosa, pero mientras mi cita continuaba buceando en internet en busca de los artículos más peculiares sobre la sinestesia, decidí dar el paso y sentarme a su lado. Me levanté del sillón con cuidado y anduve un par de pasos hasta el tresillo en el que Alma estaba recostada. Tomé asiento muy despacio, sin intención de molestar a nadie y menos a la gata, que ahora se desperezaba estirando las patas.

De pronto, la chica pareció leer algo que le sorprendió y se volvió hacia mí. No reparó en mi cambio de posición, cosa que agradecí infinitamente. Me miró con un cierto grado de curiosidad y expectación.

—La sinestesia tiene lugar entre un uno y un cuatro por ciento de la población. Y en la mayoría de casos se trata de mujeres —aseguró.

—Uno entre cien. O cuatro entre cien. Es mucho, ¿no crees? Y se habla muy poco sobre ello.

—No, no es mucho. Según he leído en una página, mucha gente desconoce que es sinestésica. No creen que sea nada destacable, piensan que todos vemos el mundo de la misma manera.

—Yo lo desconocía hasta que leí ese artículo que compartió una compañera de trabajo por Twitter.

—Menos mal que lo hiciste —susurró, perdiendo la mirada en la pared.

Miré al punto en el que se habían fijado sus ojos y me sorprendí al ver que el reloj analógico colgado tan solo unos centímetros por encima de la televisión marcaba las dos y media pasadas. ¿De verdad había pasado tanto tiempo? A los pocos segundos me di cuenta de que le había hablado de prácticamente la mitad de las mujeres que habían pasado por mi vida, en la

mayoría de casos con mucho detalle, así que era lógico que fuera tan tarde.

Lo cierto es que cuando Alma me hubo abierto la puerta y vi el panorama, no esperaba que la cita fuera a durar tanto. Pensé que cenaríamos rodeadas de un silencio ensordecedor —en eso no estaba del todo equivocada— y nos despediríamos sin remordimientos. Yo me sentiría imbécil una vez más, y ahora con un motivo de peso, eso hubiera sido el «Visto» de la vida real. Sin embargo, desde que me había entregado aquel bloc lleno de colores que ahora descansaba en la mesita de café que había frente al sofá todo había acontecido de una manera natural, casi orgánica.

—¿Tienes hambre? —preguntó mi cita mientras jugaba con el felino, que trataba de atrapar la mano de su dueña con las patas.

—Ahora que lo dices, sí, un poco. Pero sed sobre todo. ¿Tienes otra cerveza?

—Claro, ven conmigo.

De algún modo, hablarle de mi pasado provocaba que Alma se ablandara, y no sabía si se debía a que disfrutaba con el cotilleo o a que estaba conociendo una parte de mí que no mostraba con tanta facilidad habitualmente. Sentía que me había quitado aquella fachada divertida, graciosa, casi socarrona que llevaba siempre encima. A mi acompañante tan solo le había costado un poco de interés, no sabía si real o fingido, para que aquella versión cayera al suelo.

La seguí a la cocina y observé cómo abría la nevera para sacar un botellín de cerveza. Me lo tendió mientras miraba a su alrededor, como si se estuviera asegurando de que todo estaba limpio y en su sitio.

—¿Dónde tienes un abridor?

Señaló un cajón que había bajo la vitrocerámica y, tras abrirlo, rebusqué entre los utensilios de cocina hasta que di con aquel artilugio metálico que me ayudó a deshacerme de la chapa dorada. La dejé sobre el mármol mientras la oía trastear detrás de mí. Metió algo en el microondas y me volví para mirarla.

Mis ojos la recorrieron de arriba abajo, esta vez sin miramientos. A estas alturas no creía que fuera irrespetuoso ni que estuviera fuera de lugar, y la verdad es que me moría por ver su cuerpo en tres dimensiones. Aquel vestido azul se adhería a su silueta como una segunda piel y tragué saliva al ver cómo se ensanchaba al llegar a las caderas. Delineaba todas y cada una de sus curvas estuviera de frente, de lado o de espaldas, nada que ver con la versión

casi escultural —dotada tan solo de una vista frontal— que había creado en mi cabeza a partir de sus selfis en el ascensor. No obstante, había algo que seguía recordándome inevitablemente a una de esas obras de arte de la antigua Grecia: su piel blanca, por poco marmórea.

Me acerqué adonde se encontraba ella y noté el olor a palomitas, que ya comenzaban a explotar en el microondas. Di un trago a la cerveza sin dejar de mirarla, ahora a aquellos ojos infinitos. Brillaban con un cierto misterio y ese brillo imposible de ignorar en el que prácticamente podía ver los míos reflejados.

Nos mantuvimos mudas, mirándonos nada más, como si así Alma pudiera descifrarme a mí y yo a ella. Estaba claro que ambas teníamos nuestras barreras, nuestros prejuicios, pero las dos estábamos esforzándonos por deshacernos de ellos poco a poco. Por el momento, habían pasado más de cinco horas y seguíamos allí.

«Eso es que va bien, ¿no?».

Cuando el microondas emitió aquellos tres pitidos consecutivos di un paso hacia mi cita. Estaba tan cerca que podía sentir su respiración, un poco más nerviosa de lo que podría considerarse normal, chocando contra mi boca. Dudé, ¿y si era demasiado pronto? ¿Y si lo que yo quería que pasara no iba a ocurrir? ¿Y si la única que sentía aquel cosquilleo en el bajo vientre era yo?

Me di cuenta entonces de que, tal vez, el hecho de que siguiera ahí, a escasos centímetros de mí, era lo más significativo que había ocurrido en toda la noche.

PLUME

Querida Maya:

Seguro que te estás preguntando quién soy y por qué sé tu nombre. Lo entiendo, yo estaría pensando lo mismo y ahora responderé a ambas cosas. Pero antes, déjame decirte que es la décima vez que trato de escribirte. He desechado un montón de borradores. Así que en este intento me he prometido escribir lo que salga, y ya está. Eso sí, quizá encuentres algún tachón.

Me llamo Vega. No nos conocemos, ~~aunque a lo mejor me has visto alguna vez~~ y creo que no me tienes demasiado vista, pero yo a ti sí. Todos los lunes por la tarde coincidimos en la cafetería que hay en la plaza de Olavide. Siempre he sido muy observadora y me fijé en ti el primer día, pero lo hice más a conciencia el segundo. Y ya el tercero me di cuenta de tu rutina: llegas sobre las cinco y diez, te pides un *chai latte latte* y te lo bebes despacio mientras lees un ~~libro antiguo~~ clásico. Hacia las seis menos cuarto pagas en el mostrador y te vas.

El caso es que ~~no debería haberte prestado atención~~ sé que es un poco extraño que me fijara en ti así como así, pero confieso que tengo un cierto fetiche por los libros que te traes entre manos —Lovecraft, Poe, Shelley—. La mayoría ya los he leído (una que ha pasado una época un poco gótica, ya sabes) y solía pensar en el diálogo que mantendríamos al respecto.

Un día trajiste *El misterioso caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, una obra que conocía solo de vista. Cada vez que te observaba entre sorbo y sorbo de té, descubría que estabas más concentrada de lo habitual, como si la lectura te tuviera del todo absorta. Pasabas las páginas con vehemencia, con ganas, atrapada por la historia de un monstruo. Tu reacción me impresionó tanto que al día siguiente me pasé por una librería de segunda mano y compré el mismo título.

Aquella noche lo empecé y no pude parar hasta que, de madrugada, me di cuenta de la hora y me obligué a cerrar el libro y los ojos durante un rato. Me sentía igual de fascinada que lo que parecías tú en la cafetería y cuando lo terminé, de algún modo, me sentía ~~muy cerca de ti~~ más cerca de ti.

(Inciso: ¡qué prosa la de Stevenson! ¡Qué forma de tratar la dualidad de la naturaleza humana!).

No podía esperar para volver a verte en la cafetería el lunes siguiente y maté el tiempo releendo. Me percaté de nuevos matices, pequeños detalles que no había descubierto al principio... y así fue como empecé a sentirme tan ~~eneñada~~ atraída por ti.

Soy consciente de que puede resultar muy extraño que ocurriera a partir de un libro que habla de un humano corrompido, un monstruo horrible y deforme con una moral y ética desfiguradas. Pero, oye, cosas más raras se han visto.

Reconozco que físicamente llamabas mucho mi atención, pero tras haber leído lo que tú leías sentí que comenzaba a conocerte. Entonces todo fue precipitándose y dejé de pensar con claridad, igual que Mr. Hyde. No te imaginas la cantidad de veces que se me ocurrió dejarte mi cita favorita en la servilleta (esa frase tan potente del doctor: «Y si soy el mayor de los pecadores, soy también la mayor de las víctimas»), o preguntarte qué pensabas del dualismo entre el bien y el mal. O cuánto de Dr. Jekyll y cuánto de Mr. Hyde había en ti. ~~De Mr. Hyde espero que poco.~~

Aun así, el hecho de espiarte me parecía un acto un tanto espeluznante e importunarte con algo así seguro que rozaba el acoso. Por eso, durante varios lunes me dediqué a observarte desde mi mesa. Me di cuenta de cuándo aparecían tus hoyuelos, que no te echabas todo el sobrecito de azúcar moreno en el té, que adoras vestir ropa oscura y que no te gusta la tecnología —o eso creo, nunca te he visto sacar el móvil—.

Lo de tu nombre lo averigüé después, porque una vez trajiste un cuaderno que llevaba algo escrito en la tapa. Estabas demasiado concentrada con *Drácula* como para darte cuenta de que me había acercado a la barra. Pedí otro café solo para ver si atinaba a leer algo... Era un plan arriesgado y una inversión en cafeína considerable, pero mereció la pena cuando vi aquel «Maya» escrito en la cubierta.

Maya.

¿Te haces una idea de lo bonito que es?

Es como esa tonalidad de azul grisáceo que adquieren las nubes cuando el sol se apaga, fresco y limpio. Tu nombre ondea como la ropa tendida en el terrado, al ritmo del viento. Esa imagen siempre me ha transmitido una sensación muy fuerte de paz, y que fuera el color de tu nombre me hizo ver que quizá era el momento de dar el paso de una vez por todas.

De eso te acordarás, porque me di la vuelta dispuesta a sentarme en la misma mesa que tú (casi tenía calculados los pasos que había del mostrador a la silla) y de pronto estabas allí, frente a mí. La impresión hizo que me volviera el ser más torpe del planeta y mi vaso de café cayó al suelo. Qué vergüenza. No te lo imaginas. ¿Viste cómo me ponía roja? Porque lo único que sentía mientras seguías frente a mí tratando de procesar lo que acababa de ocurrir era cómo toda la sangre de mi cuerpo se concentraba en mis mejillas.

Luego vino aquel «Joder» y no supe si me resultó más estimulante o desesperanzador. Aun así, me concentré en lo fundamental y me disculpé como cinco o seis veces. Te aseguré que podría llevar tu chaqueta a la tintorería (no conozco ninguna, pero vamos, eso es lo que se suele decir en las películas), ¿recuerdas? Me dijiste que no. Pero eso no es lo importante, lo importante es que al final me dijiste que no pasaba nada y aquí estoy.

Maya.

Porque la esperanza es lo último que se pierde, ¿no? Yo qué sé si es verdad, pero tenía que intentarlo. Así que, si no te ha quedado claro, seré un poco más directa: me gustas. No te conozco, pero me encantaría hacerlo.

Si el lunes que viene dejas esta carta sobre la mesa me sentaré frente a ti. Si no lo haces, entenderé que mis sentimientos no son correspondidos, por desgracia. Sea como sea, ha sido un placer escribirte y te agradezco que hayas leído hasta aquí.

Un abrazo,
Vega

P. D.: «Sin embargo, una cosa es mortificar la propia curiosidad y otra vencerla».

LEMON ZEST

¡Bienvenid@!

No te pierdas los últimos temas que han sido publicados en el foro mientras no estabas:

- *Lo último de Ellen DeGeneres: ¿ese outfit realmente le favorecía?*
- *Las mejores series LGBT del año*
- *¿Cuál es tu canción favorita?*

*Aviso: Freesoul94 quiere chatear contigo. ¿Quieres aceptar la solicitud?
¡Enhorabuena! Freesoul94 ya puede leer tus mensajes.*

Tú: Hola.

Freesoul94: ¡Hola!

Freesoul94: He visto en tu perfil que has puesto una cita de *¿Jugamos al escondite?* También es uno de mis libros favoritos...

Tú: ¿De verdad?

Tú: Nunca había conocido a nadie que lo hubiera leído.

Freesoul94: Sí, una maravilla, lo disfruté muchísimo.

Tú: ¿No te pareció genial la forma en que habla de aceptarse a una misma?

Freesoul94: Cuando tienen ese diálogo de tu perfil, ¿no?

Tú: Pillada.

Freesoul94:

Freesoul94: A mí me encantó que todo ocurriera en un internado... Creo que es uno de los escenarios más interesantes.

Tú: Sí, ¿eh?

Tú: Interesantes y... ya sabes.

Tú: Perdona.

Freesoul94: ¿El qué?

Tú: No debería hablar de eso. Soy una lanzada.

Freesoul94: Venga, dime. ¿Para qué se usa la mensajería privada si no es para ser todo lo lanzada que no eres fuera de ella?

Tú: Sensuales.

Freesoul94: ¡Ah! :\$

Tú: Vamos...

Tú: No te conozco, pero dudo mucho que no disfrutaras de esas escenas.

Freesoul94: Vale, tienes razón.

Tú: ¿Ves?

Freesoul94: Confieso que todo este rollito de colegialas me pone mucho.

Tú: Ya somos dos... ¿Será por las faldas plisadas?

Freesoul94: Es posible. O el hecho de que deban esconderse.

Tú: Eso también.

Tú: No sé si me viene bien pensar en ello ahora.

Freesoul94: ¿Por qué?

Tú: Tengo, como suele decirse, el día calentito.

Freesoul94: ¿Por eso estás en el foro?

Tú: Bueno, me gusta conocer gente que tenga la misma orientación sexual que yo.

Tú: Aunque si esa gente también está interesada en pasar un buen rato mucho mejor.

Freesoul94: ¿Solo un buen rato?

Tú: La verdad es que ahora mismo no busco nada más.

Freesoul94: Noto ahí algo de resentimiento.

Tú: Es posible.

Freesoul94: No pasa nada, yo acabo de salir de una relación y tampoco busco nada.

Tú: No he salido de una relación...

Tú: ¿Ni siquiera pasar un buen rato?

Freesoul94: ¿Entonces?

Tú: Le escribí una carta donde le confesaba cómo me sentía y ya no he

vuelto a verla.

Freesoul94: Qué putada, lo siento.

Tú: No has contestado a mi pregunta.

Freesoul94: ¿Cuál?

Tú: ¿Ni siquiera buscas pasar un buen rato?

Freesoul94: Cuando me registré no pensaba en eso, si te soy sincera. Me gustaba eso de poder estar al día sobre películas y series de bolleras. Y los temas de la sección Bollodramas también me tienen enganchada.

Tú: ¿Y ahora?

Freesoul94: Podría ser.

Tú: ¿Te apetece pasar un buen rato conmigo?

Freesoul94: No pienso mandarte una foto de mis tetas.

Tú: Ah, yo tampoco.

Freesoul94: ¿Y si jugamos al escondite?

Tú: ¿A qué te refieres?

Freesoul94: Imagínate que somos dos alumnas del internado de *¿Jugamos al escondite?*

Tú: ¿Bolleras cachondas?

Freesoul94: Exacto.

Tú: Estás de coña.

Freesoul94: ¿Te gustan las pelirrojas?

Tú: Mucho.

Freesoul94: Pues piensa que soy una chica pelirroja que estudia en El manantial. Muy discreta durante el día, pero por las noches me gusta hacer escapadas a cualquier lugar en el que no pueda estar. Solo por la adrenalina de ser pillada.

Tú: ¿Y yo qué?

Freesoul94: Tú podrías ser una de mis compañeras de habitación. Te despiertas de madrugada, ves que no estoy y decides ir en mi busca.

Tú: ¿Y dónde podría buscarte?

Freesoul94: ¿Qué tal en la cocina? La cena me ha dejado con un poco de hambre y me han chivado que las cocineras guardan chocolate en uno de los armarios.

Tú: Vale... Entonces voy a por ti y te encuentro en la cocina, abriendo y

cerrando armarios a tu paso.

Freesoul94: Vaya, me has pillado.

Tú: Te he visto salir.

Freesoul94: Pero no se lo dirás a nadie, ¿verdad?

Tú: No...

Freesoul94: Buena chica. Te compensaré por ello.

Tú: No es necesario que lo hagas.

Freesoul94: Sé que no me quitas los ojos de encima cada vez que me cambio.

Tú: Tienes un cuerpo muy bonito.

Freesoul94: ¿Te gusto?

Tú: Sí.

Freesoul94: Tú a mí también. Entonces... desnúdame.

Tú: ¿Qué?

Freesoul94: Desnúdame, quítame la ropa.

Tú: Joder.

Freesoul94: ¿Te gusta lo que ves?

Tú: Mucho.

Freesoul94: ¿Por qué no te desnudas tú también?

Tú: Vale...

Freesoul94: No sabes cuánto tiempo llevaba esperando verte así.

Tú: ¿Qué estás haciendo?

Freesoul94: ¿No lo ves? Subirme a la encimera para que tú también me veas mejor.

Tú: Vas a matarme.

Freesoul94: Ni siquiera he empezado, bonita.

Tú: ¿Disfrutas haciendo esto?

Freesoul94: ¿El qué?

Tú: Excitarme.

Freesoul94: No sabes cuánto.

Tú: ¿Por qué?

Freesoul94: Porque me estás mirando como si quisieras devorarme y eso me encanta.

Tú: Es justo lo que quiero hacer.

Freesoul94: Pues ven y hazlo.

Freesoul94: Quiero correrme en tu boca.

Tú: Madre mía...

Freesoul94: Ven.

Tú: Freesoul94, no sé si puedo. Interpretar un personaje me está haciendo sentir estúpida.

Freesoul94: Lo siento, no es lo que pretendía.

Tú: Lo sé, no pasa nada.

Freesoul94: Como has dicho que tenías el día...

Tú: Ya, pero es difícil. Sigo pensando en aquella chica y no me concentro.

Freesoul94: ¿Quieres desahogarte?

Tú: No hay nada que decir, le propuse vernos y no apareció. Ni ese día ni nunca más.

Freesoul94: Ya lo siento.

Tú: No pasa nada. Creo que la asusté.

Freesoul94: Seguro que aparece alguien para ti.

Tú: No sé, parece que cualquier alguien que me gusta se fija en otra persona.

Freesoul94: Suena como si lo dijeras pensando en una chica en concreto.

Tú: Bueno, está Celia, mi compañera de piso. Pero es diferente.

Freesoul94: ¿Por qué lo es?

Tú: Pues porque entre ella y yo no hay sentimientos.

Freesoul94: ¿Te atrae, pero no tenéis relación?

Tú: No, lo contrario. A veces nos acostamos, como amigas con derechos, pero seguimos viendo a otras personas. Es algo sin compromiso.

Freesoul94: Guau, no pensaba que esas cosas pudieran funcionar en la realidad.

Tú: Está bien, es entretenido.

Freesoul94: ¿Pero...?

Tú: A veces me gustaría que no viera a nadie más.

Freesoul94: ¿Ella te gusta?

Tú: No es eso.

Freesoul94: No quieres compartirla con nadie, eso acabas de decir.

Freesoul94: Eso es que te gusta.

Tú: Ya, pero no de la misma manera en que me gustaba la otra chica.

Freesoul94: No, tu compañera de piso te gusta todavía más.

Freesoul94: ¿Ella lo sabe?

Te has desconectado.

PINK LEMONADE

Querido diario:

Sé que hace como dos o tres meses que no escribo, lo siento. Ya sabes que la constancia no ha sido nunca una de mis virtudes y no estoy orgullosa de ello, pero también dicen que la intención es lo que cuenta, ¿no?

Lo entendería si te sintieras utilizado. No puedo negar que solo recorro a ti cuando lo necesito. Vamos, cuando la cabeza me da tantas vueltas que necesito expresar con palabras cada pensamiento. De algún modo, me sirve para convertir lo abstracto en tangible. O en pasar del color al blanco y negro, que ya sabes que a veces es una opción que me ayuda a que todo sea más estándar y objetivo.

En cualquier caso, no era esto lo que venía a contarte. Quería hablarte con pelos y señales de lo que ocurrió ayer. Empecemos por el principio: llevo varios días tratando de estudiar para el examen de Historia de la fotografía que tengo el viernes a última hora. El lunes me di cuenta de que lo llevaba fatal y pensé que quizá sería una buena idea cambiar de aires, así que fui a la biblioteca del barrio para ver si el silencio y el hecho de estar rodeada de gente concentrada hacía que lo estuviera yo también.

Cuando llegué, saqué los apuntes, los rotuladores fluorescentes, un Bic de cada color y me puse manos a la obra. Te prometo que durante los diez primeros minutos no levanté los ojos del papel, pero en cuanto me acostumbré un poco al entorno me resultó imposible no cotillear. Unas tres o cuatro mesas frente a mí se sentaba una chica de pelo oscuro que estaba jugueteando con la patilla de sus gafas. Lo cierto es que no era la primera vez que la veía, me sonaba del barrio, tal vez del supermercado o de la cafetería. Cuando levantó la mirada y me sorprendió observándola aparté la mía rápidamente. Clavé los ojos en una hoja con dos fotografías de Henri Cartier-Bresson, muy

concentrada en las luces y las sombras.

El corazón me latía con fuerza, como si se me fuera a salir del pecho, y casi por inercia volví a mirar en dirección de la chica al oír un ruido. Acababa de dejar una pila de libros con muy poco cuidado sobre la mesa, y me sonreía de una forma que me fundió los circuitos. Le sonreí también y ladeó la cabeza, adoptando una expresión un tanto sugerente. ¿Qué pretendía?

Bajé la mirada en un intento por procesar esos gestos y pensar qué debía hacer a continuación. En medio de una batalla mental entre «le molo» y «está siendo simpática» —vamos, la cantinela de siempre—, recordé el examen del viernes y me invadió una ola de remordimientos que me obligó a mantener la cabeza gacha los siguientes cinco minutos. Suficiente. Cuando llegué al año 1947 de los apuntes no pude más: la curiosidad me estaba matando y necesitaba comprobar cómo reaccionaría ahora.

La encontré apuntando algo en un cuaderno, pero levantó la vista tan pronto como notó que la observaba. Volvió a sonreírme de aquella forma y me di cuenta de que se había quitado el jersey que llevaba y se había quedado con una camisa blanca. Por lo que podía ver era bastante entallada y el sujetador oscuro se transparentaba ligeramente. Al volver a su rostro vi cómo arqueaba la ceja, ¿habría vuelto a pillarme?

Madre mía, madre mía.

Entonces ocurrió algo que no pude anticipar, no me lo hubiera imaginado ni en mil años: recogió todas sus cosas y echó a andar. Sin embargo, en lugar de pasar de largo por mi mesa se acercó y se sentó frente a mí. Comencé a hiperventilar, incapaz de pronunciar una palabra o hacer algo que no fuera seguir cada uno de sus movimientos.

Al tenerla cerca pude ver que sus ojos eran muy oscuros, pero lo que me resultó más atractivo fue la forma en que sus mejillas se marcaban cuando sonreía. Su boca, que parecía sacada del anuncio de una clínica dental, también me llamó la atención. Se cruzó de brazos y conectó su mirada con la mía.

—Cuánto tiempo, Vega —susurró.

Me quedé inmóvil. ¿Cómo sabía mi nombre? A saber. Miré los apuntes, por si estaba escrito en algún lado, pero no solía hacerlo. Total, ¿es que iban a devolvérmelos si los perdía? Así que era imposible que supiera cómo me llamaba. Ladeé la cabeza, confusa, antes de preguntar bajito:

—¿Nos conocemos?

Asintió despacio, sin mostrar el más mínimo signo de sorpresa.

—De la cena de cumpleaños de Celia, éramos compañeras de clase en el instituto —explicó.

Mis neuronas decidieron empezar a funcionar y recordé vagamente a una chica morena que me presentó Celia. No obstante, lo que pasó aquella noche no estaba muy nítido. Yo había empezado a beber demasiado pronto y la morena había llegado demasiado tarde. Traté de rebuscar entre los retazos de la cena para dar con su nombre, sin éxito.

—Es verdad, perdona. Llevaba un pedal importante. —Hice una pausa en busca de la mejor fórmula para hacer la pregunta que era sinónimo de memoria de pez o poco interés, una de dos—. ¿Cómo te llamabas?

—Ane. —Me miró con intensidad y añadió—: Yo sí me acordaba de ti.

Recuerdo perfectamente el momento exacto en el que sentí esa corriente de color rosa pastel subido, un soplo de aire cálido. Me sonrojé, no por que se acordase de mí, sino porque acababa de dar en el clavo al decir, de forma implícita, que no la recordaba. Sí que me sonaba, pero no lo que debería para habernos conocido en la cena.

Se desabrochó un botón de la camisa, lo que llamó mi atención, y me fijé en el pliegue que se formaba entre sus pechos. Mi respiración se aceleró de forma inconsciente, y regresé a sus ojos cuando carraspeó. Estaba a punto de murmurar un «perdón», pero su expresión era divertida y decidí omitirlo.

—Pues llevarías un pedal importante, pero me miraste mucho durante la cena y me estabas mirando mucho ahora.

Reí bajito, disfrutando de la forma en que su mirada me recorría y asentí. No podía esconder que me había parecido muy atractiva, y por cómo me seguía el juego juraría que yo también a ella. Fue entonces cuando decidí darle un respiro al examen del viernes, apilé las hojas de apuntes en un montoncito y las guardé en la funda transparente.

Ane me tendió un libro antiguo, forrado con papel transparente y un título que me costó comprender: *Tudor Interludes*. La miré sin entender y me sonrió antes de levantarse y perderse por la zona de los pasillos. ¿Adónde habría ido? Al poco me di cuenta de que el libro llevaba una etiqueta en el lomo que tenía unos números: «811.11». No era una experta en bibliotecas, la verdad, pero llegué a la conclusión de que aquella cifra debía de indicar el pasillo al

que pertenecía el libro.

Me levanté de la silla con el ejemplar en la mano y me perdí por el mismo sitio que había desaparecido Ane. Miré las flechas que señalaban la numeración de cada pasillo y la temática de las estanterías, hasta que llegué casi al final. El tubo fluorescente que debía iluminar la última sección parpadeaba, y dejaba el pasillo sumido en la oscuridad cada pocos segundos. Cuando doblé la esquina la encontré cerca de la pared, apoyada en la estantería. Se desabotonó un poco más la camisa, para dejar a la vista un sujetador gris básico.

Joder. Aquí yo ya dejé de pensar.

Me acerqué a Ane despacio y no recuerdo si fue ella o fui yo, pero enseguida nuestros labios colisionaron en un beso duro, sin dejar lugar a dudas. Sus manos encontraron mi culo e hicieron presión para acercarme más a su cuerpo. Ambas tratábamos de ser silenciosas, pero los jadeos se escapaban de nuestras bocas sin querer.

—¿No nos van a pillar?

—No... a nadie le interesa la historia inglesa del siglo xvi —dijo volviendo a atrapar mis labios con los suyos.

Además, era tarde —las ocho y media pasadas—, quedaba poca gente en la biblioteca y si alguien se acercaba podríamos oír sus pasos, lo cual nos daría un poco de margen para fingir normalidad. De modo que, cuando Ane tomó mi muñeca y la colocó entre sus piernas, supe exactamente qué debía hacer. Llevaba unas medias finas con ligas que se sujetaban en la parte superior de sus muslos, así que enseguida me encontré con la tela de su ropa interior. Noté la humedad en el tejido y sonreí contra la piel de su cuello mientras me hacía un hueco antes de morderlo. Ane dejó ir un gemido demasiado audible y, con mi mano libre, le tapé la boca.

Verla tan cachonda hizo que yo también notara los efectos. Se acentuaron todavía más cuando se deshizo del botón de mi tejanero, bajó la cremallera y se perdió entre mis piernas. A los pocos segundos nos estábamos moviendo cuerpo contra cuerpo, en busca del placer propio y del de la otra. No era capaz de pensar en nada más, aunque tampoco podía negar que el morbo de ser sorprendidas magnificaba todas y cada una de las sensaciones que estaba experimentando.

La excitación crecía por momentos y los pequeños gemidos de Ane en mi

oído se volvieron más y más frecuentes. Aceleré la velocidad y la fuerza con la que la embestía, hasta que noté cómo todos sus músculos se tensaban alrededor de mis dedos y sus dientes se clavaban en mi hombro para reprimir cualquier sonido.

Aquello fue un puro catalizador y, tras moverme un poco más contra su cuerpo para estimular mi centro, noté cómo el placer quedaba libre y viajaba por cada rincón de mi anatomía. Apreté los labios mientras me invadía una sacudida y, mientras trataba de recuperar la respiración, me mantuve apoyada contra ella.

—Ha sido un placer volver a verte, Vega...

Y tras decirme aquello se colocó bien las bragas, se alisó la falda, se abotonó la camisa y se marchó por el pasillo. Decidí esperar un par de minutos prudenciales, para que nadie sospechara al vernos aparecer juntas tras tanto tiempo en el pasillo de Historia inglesa del siglo xvi, y cuando volví a la mesa tanto Ane como sus cosas habían desaparecido.

Soy consciente de que tal vez fue la mejor forma de decirnos adiós: sin decirnos adiós. Sigo flipando por el giro inesperado que dio la tarde, y todavía rememoro a cada rato los restos de aquel orgasmo que me dejó casi anulada.

Después de todo, tal vez sí me convenga ir a estudiar a la biblioteca, ¿no te parece?

DECADENT CHOCOLATE

Casi cuatro años y tres trabajos después de terminar bachiller, Vega había decidido invertir parte de sus ahorros en un curso de Fotografía. Siempre había dicho que era su pasión, aunque era algo poco práctico según sus padres, quienes se habían negado en rotundo a pagarle estudios relacionados con el tema. Así fue como tuvo que meter su sueño en un cajón hasta nuevo aviso y ponerse manos a la obra en busca de ingresos.

Le había costado un finiquito y tres pagas extra, y probablemente porque lo había financiado con sus ahorros, le dio mucho más valor y lo exprimió al máximo. Tuvo que hacerse con una cámara de segunda mano, porque el presupuesto no daba para más, pero fue suficiente para aprender todo lo necesario. Y así, entre velocidad de obturación e ISO, comenzó a recuperar la ilusión.

Tal vez no podría vivir de ello, pero sí que quería vivir por ello. Porque ver la vida a través de un objetivo era distinto, pero seguía siendo igual de real. Le gustaba la sensación de protección que sentía al esconderse tras la cámara, como si estuviera observando el mundo desde su lugar particular. Y era agradable, se sentía poderosa al ser capaz de inmortalizar momentos de aquella manera.

«Se llama Olivia», le había dicho.

Y lo cierto es que de la tal Olivia conocía poco: que era actriz de una obra de teatro cuya temporada se estaba acabando y que necesitaba un *book* de fotos. Nada más.

¿Cómo había sabido de su existencia? Fácil: su madre. Le había dejado caer que no le iría mal practicar con alguien, porque los paisajes los llevaba bien, pero los retratos en estudio ya le costaban más. Sin embargo, a su madre le gustaba nada y menos posar, así que en cuanto en medio de una

conversación casual en plena calle Olivia le dijo que quería sacarse unas fotos se le presentó la solución perfecta.

Así que allí estaban, en el estudio que le había prestado su profesor de Iluminación. Al verla llegar, Vega había pensado que tenía mucha clase y desprendía una elegancia abrumadora, incluso con aquel conjunto desenfadado de tejanos, Converse y sudadera. Pensó que quizá era algo mayor para vestir así —pues debía de tener más de cuarenta—, pero la combinación le resultaba muy atractiva. Claro que no tenía nada que ver aquello con el vestido negro de tela plumeti y transparencias que vestía ahora, además de la posición sensualmente devastadora que acababa de adoptar para la cámara. Una transformación digna de los programas americanos de cambios radicales.

—¿Te importa si me voy colocando y moviendo a mi aire? —lo preguntó mientras le lanzaba a Vega una mirada de fuego que le hizo ponerse un poco nerviosa.

—Para nada, aquí no hay normas.

Detrás del objetivo Vega se sentía distanciada del mundo, protegida. Como si se encontrara bajo el agua y cualquier movimiento estuviera amortiguado, como si todo sucediera al ralentí. Por ello no fue consciente de que Olivia había empezado a quitarse capas, disparo tras disparo. Ella seguía absorta en su labor, preocupada tan solo por que el encuadre fuera bueno y el cuerpo de la actriz no estuviera desenfocado.

Tras decenas de clics, la fotógrafa giró suavemente la rueda del objetivo para hacer *zoom* y, cuando enfocó su mano, cerca de uno de sus pechos, descubrió cómo se alzaba erecto. Tragó saliva ante aquella imagen y respiró hondo antes de apuntar en otra dirección.

«Aquí no hay normas», se recordó.

Buscó su otra mano y sintió cómo se le aceleraba el corazón al encontrarla entre sus piernas. Todavía refugiada tras la cámara siguió disparando, pese a que la mano de Olivia comenzó a moverse en círculos inconfundibles, tan rápido que, por mucho que ajustara la velocidad de obturación, las instantáneas no dejaban de salir borrosas.

Sin embargo, no dejó de capturar el momento. Se había sentido hechizada desde el principio por el magnetismo que transmitía Olivia, por la forma en que posaba y, ahora, no podía despegar sus ojos de la lente, ni el dedo índice del disparador. Se acercó un poco a ella, lo suficiente para no tener que hacer

uso del *zoom*, y en esa maniobra le dio un golpe sin querer a uno de los focos con el pie. Al cambiar de posición dejó de proyectar la luz hacia el cuerpo de la actriz y la estancia se sumió en una semioscuridad que se adaptaba mejor a lo que estaba ocurriendo.

La mujer siguió acariciándose como si nada hubiera ocurrido. Vega, al mismo tiempo, se preguntaba qué debía de pasar por su cabeza, cómo de excitante debía de ser la fantasía que reproducía con los ojos cerrados. A juzgar por la forma en que se movía, cada vez más rápido, parecía que iba a alcanzar el orgasmo pronto. No obstante, pasados unos segundos dejó ir un gruñido cargado de frustración que hizo que la fotógrafa saliera de su escondite por vez primera.

—Ayúdame —le pidió en un tono de súplica, y aquella fue tan solo la tercera ocasión en la que había hablado desde que se había presentado en el estudio.

Vega dejó caer la cámara, que quedó colgando de su cuello por la cinta, fija en su abdomen, y la miró por completo, sin objetivo de por medio, antes de posarse en sus ojos. Eran de un verde acuoso que le recordó a la piedra de aventurina que le había regalado su abuela junto a aquella frase que no había borrado de su mente: «Para que te traiga felicidad y buena suerte, cariño». No le hizo falta tocarla para sentirla fría contra la piel de la parte baja de su cuello en aquel collar que no se quitaba casi nunca.

El color aventurina de los ojos de Olivia combinaba de un modo que rozaba la perfección con el que le sugería su nombre. La o prácticamente lo teñía por completo con aquel marrón oscuro que se asemejaba al de un *espresso* de La Tazza d'Oro, la cafetería en la que solían desayunar durante su viaje a Roma.

—¿Puedo? —pidió permiso Vega antes de tocarla y alargó el brazo hacia la actriz.

Sus ojos se cerraron, asintió un par de veces y bajó la cabeza. Su pelo castaño cayó en cascada sobre su rostro.

Todavía con cierto temor, la fotógrafa se hizo un hueco entre el plumeti y se quedó helada unos instantes al descubrir la humedad de Olivia. Irradiaba un calor abrasador que le hizo sentir una corriente eléctrica de pies a cabeza, y entonces actuó. Le tomó la barbilla con su otra mano, obligándola a conectar sus miradas, para a continuación hundir los dedos en su interior. La mujer dejó

escapar un gemido débil mientras eso ocurría, pero tan pronto como los dejó quietos y los arqueó hacia arriba liberó uno aún más fuerte.

Vega comenzó a moverlos con más intensidad, buscando ese punto que, junto a la estimulación que la misma actriz se daba, lograría acercarla al clímax. Tras unos segundos y por primera vez en su vida, el orgasmo dejó de parecerle intangible. Ya no era solo aquel azul eléctrico que ondeaba en su cuerpo —o en otros— cada vez que se corría, sino que ahora había movimiento: la forma que tenían los músculos de la actriz de aferrarse a sus dedos. Le siguieron varias contracciones y, luego, un par de espasmos.

El cuerpo de la mujer se arqueó y a la fotógrafa le pareció precioso. Maldijo internamente por no tener la cámara a mano para capturar aquel instante, aunque pensó que quizá podría volver a crearlo. Todavía dentro de la actriz, repitió aquellos movimientos cadenciosos bajo su asombro, pues no se hubiera imaginado que la joven iba a continuar tocándola. Pero la sorpresa pasó rápido y acompañó las embestidas, una vez más, con sus propias caricias.

La chica supo que el azul eléctrico volvía a estar cerca cuando los gemidos de Olivia fueron más seguidos, más desesperados, más faltos de aire. Tomó la cámara con su mano libre, enfocó con tanta precisión como fue capaz y esperó, tan solo un poco, a que su cuerpo volviera a curvarse. Lo hizo más rápido que antes —supuso que por la alta sensibilidad a la que estaban sometidos los puntos estratégicos— y logró disparar. Hizo una ráfaga, y así detuvo el tiempo.

Aquellas fotografías, que jamás vieron la luz, siguen durmiendo en un disco duro escondido en la mesita de noche de Vega. Desde aquel momento y cada vez que volvía a verlas recordaba cada roce, cada sensación, cada olor. Si cerraba los ojos podía tocar el plumeti, reencontrarse con sus ojos verde aventurina, con su nombre café *espresso*. Fue una experiencia única en la que, además de disfrutar, se dio cuenta de algo que la acompañaría en adelante: el placer en aquella mujer fue su propio placer.

ANTARCTICA

—¿Eres Amelia? —Vega lo preguntó sin estar del todo segura de que se dirigía a la persona correcta.

Cuando había leído el nombre en la aplicación sintió un gris claro, un poco frío, pero transmitía cierta serenidad, incluso una gran dosis de equilibrio. Aquel color le transmitió confianza, sin duda, quizá por eso estaba allí.

En aquel momento comenzaba a pensar que tal vez había sido una locura. Ligar a través de una aplicación siempre le hacía sentir incertidumbre y morbo a partes iguales, pero en todas las ocasiones ganaba lo segundo por goleada. En este caso, no sabía si un simple «match» debería haber sido suficiente como para que, obviando cualquier contacto o conversación previa, la chica aceptara citarse con una completa desconocida.

—La misma. Es un placer. Vega, ¿no?

La rubia asintió, sin quitarle ojo de encima. La mujer tenía el pelo cano y, a pesar de sus facciones definidas y el rostro inconfundible de una mujer de mediana edad, vestía de forma andrógina. Llevaba un traje negro entallado con unos zapatos altos prácticamente cubiertos por el bajo de los pantalones largos. Le hizo un gesto con la mano, dio media vuelta y echó a andar hacia el ascensor.

—¿Me sigues? —preguntó al ver que la chica se había quedado inmóvil.

Aquella pregunta hizo que Vega se preguntara si estaba haciendo lo correcto. Tal vez era un poco mayor para ella, tal vez era demasiado desconocida. Tal vez quería sexo y ya está, y Vega no estaba segura de poder dárselo. No sin aquella conexión, sin haber entablado una conversación. El sexo porque sí nunca le había llamado la atención, ni siquiera lo disfrutaba.

Sin embargo, la situación era tan distinta a lo que había vivido a lo largo

de toda su vida que le resultaba atrayente como ninguna. Por ello, cuando la mujer ya se encontraba casi parada frente al ascensor, echó a andar tras ella. El corazón le martilleaba el pecho, la respiración se le aceleraba. Casi podía sentir la adrenalina en cada poro, en cada rincón de su anatomía.

Así pues, decidió esperarse cualquier cosa. La situación le recordaba mucho a esas historias que leía de vez en cuando sobre encuentros sadomasoquistas, donde firmaban un contrato y se sometían a los experimentos más extremos, a las posturas más raras, a los juegos más excesivos.

El silencio reinaba en el ambiente, lo cual hacía que Vega empezara a sentirse un poco extraña. ¿No iban a hablar nada de nada? Aun así, Amelia estaba tranquila y parecía desprender esa sensación de calma y entereza. Entraron en el ascensor y la rubia presionó el botón del segundo piso. Enseguida llegaron y, nada más abrirse las puertas, la mujer salió y se dirigió a una de las puertas idénticas que había en el pasillo.

Entraron en la 211, ¡y Vega esperaba tantas cosas! Pese a eso, no encontró ninguna de ellas cuando la mujer abrió la puerta y la invitó a entrar. En vez de una cruz de San Andrés había un caballete. En vez de un látigo, tres pinceles. En vez de unas esposas, una paleta de pintura. En vez de una mordaza, un lienzo blanco de algodón. En vez de una maleta llena de instrumentos de sadomasoquismo, una caja de madera con cientos de tubos de pintura al óleo.

Se sentía descolocada. ¿Sería un fetiche raro? ¿A lo mejor una parafilia? ¿Una fantasía sexual muy poco conocida? Acarició la idea de que, tal vez, aquella mujer de mediana edad no sabía usar bien la aplicación. A lo mejor buscaba algo más fuerte y la rubia... seguía siendo demasiado inocente.

Así que hizo acopio de todas sus fuerzas, por mucho que su garganta no quisiera colaborar emitiendo un sonido, aunque a su mente le resultara dificultoso combinar las letras y formar palabras. Se colocó frente a ella y, sin mostrar inseguridad alguna, le preguntó:

—¿Qué quieres exactamente?

—Demasiadas cosas, pero tú puedes ayudarme con una muy importante. Quiero pintar algo y lo tengo en la cabeza, aunque te necesito a ti. Necesito que seas mi modelo. —Esbozó una sonrisa y añadió—: Voy a pagarte quinientos si haces lo que te pido.

«Joder», pensó Vega.

Era mucho dinero. Por un lado, con aquello podría pagarse el curso de

retoque fotográfico que tanto tiempo llevaba queriendo hacer. Una vez tuviera esos conocimientos podría dejar el trabajo en la cafetería y dedicarse profesionalmente a hacer reportajes, de modo que era una puerta de acceso muy tentadora.

Por otro lado, no sabía con exactitud en qué consistía eso de ser la modelo. ¿Tenía que desnudarse? No le importaba, ni siquiera le daba vergüenza. Si tuviera que hacerlo, incluso se sentiría útil por aportar algo al mundo del arte. ¿Le pediría que tuvieran sexo al terminar? Eso ya no lo tenía tan claro. Su ética la obligó a formularse aquella pregunta varias veces y no supo ignorarla. Que le pagaran por tener sexo era algo muy distinto que no estaba segura de querer hacer. O, por lo menos, no en caliente y sin que fuera una decisión meditada.

—¿Qué tengo que hacer?

—Posar. Tenemos solo tres horas, así que puedes quitarte la ropa, tumbarte en el diván y colocarte como yo te diga. Y necesito que estés en silencio, todo el rato. Por favor.

—Acepto.

Hecho, ya estaba. No había marcha atrás. ¿Quinientos euros por posar durante tres horas? Le parecía demasiado bien pagado.

Vega dejó sus cosas en la silla de la esquina y se quitó la ropa de espaldas a ella, prenda por prenda. Lo hizo despacio, como si el tiempo se hubiera detenido. Aprovechó para mirar la habitación y no se sorprendió al encontrar un entorno tan frío y distante como el del nombre de la mujer. Las sábanas eran blancas y los detalles de un azul helado. Cuando estuvo desnuda, se tendió en el diván. Intentó encontrar una posición en la que pudiera estar cómoda durante las tres próximas horas, a la vez que Amelia regresaba del baño con un vaso de agua y se disponía a hacer algunas mezclas con los colores. Entonces, se volvió hacia ella y frunció el ceño antes de hablar.

—Mueve la pierna un poco más hacia arriba. No, no tanto. Vale, ahí. Y necesito que bajes la mirada un poco, pero sin perder la actitud. Bien.

La joven siguió todas las indicaciones de la pintora, en el más absoluto silencio. Tenía un montón de preguntas y comenzaba a desarrollar una admiración tan grande hacia la artista que se sentía honrada por posar para ella. Le encantaría saber acerca de su trayectoria, de dónde venía y qué pintaba, por qué lo hacía. Aun así, le iba a pagar bien por ser una estatua, por

estar quieta y muda.

La mujer se mordió el labio concentrada y empezó a pasar la brocha por el lienzo una y otra vez. Vega no la veía, así que se perdió la oportunidad de ver cómo una artista de la talla de Amelia Linden —cuyo nombre descubriría meses después— esbozaba los primeros trazos de la que iba a ser su mejor obra.

—Nací en Suecia, en Malmö. Es la ciudad cuyo puente conecta con Dinamarca. No había mucho que hacer allí salvo perderse por sus calles o huir de ellas y descubrir el campo. Y la naturaleza nunca me ha gustado demasiado. Prefiero estudiar la naturaleza de las personas.

»Mi madre quería que me dedicara al negocio familiar —un pequeño hotel que alojaba a turistas de todas partes del mundo—, pero yo tengo ambición. No como ella. Con dieciocho años me fui de allí a estudiar a Estocolmo. Bellas Artes. Luego hice varios cursos y aprendí con los mejores pintores contemporáneos.

»También pasé unos meses en México, estudiando el arte de Frida Kahlo. La pobre mujer era una artista como ninguna otra. Leyó en el periódico que un hombre había apuñalado a su mujer veinte veces hasta matarla. Él, en su defensa, dijo: «Solo le di unos cuantos piquetitos». En 1935 pintó *Unos cuantos piquetitos* y representó la misma escena que había leído en el periódico, pero con la crueldad que la prensa no pudo mostrar.

Vega tragó saliva, desconcertada.

—Volviendo al tema... Mi madre ahora tiene una fortuna. El hotel resultó ser el mejor de la zona y las habitaciones estaban reservadas noche sí y noche también. Yo seguía fuera, explorando nuevos países y técnicas y conociéndome a mí misma. Trabajé en Malta como ayudante de un pintor cubista y cuando murió me dejó todo cuanto tenía, que no era poco. Y por eso estoy aquí. Él me enseñó ciertas cosas que ahora yo debo compartir con el mundo.

La chica permanecía inmóvil, dejando que su mente fantaseara con fajos de dinero y una vida que no era suya. Amelia le parecía extravagante, sofisticada, poco común, rara. Pero le producía una sensación que jamás había sentido. Algo en su interior se removía. Quería algo más. Se dio cuenta de que no le importaría acostarse con ella, ya no. No habían hablado, pero sentía que la conocía.

Por ello, la excitación fue creciendo en su interior, de nada a todo.

* * *

—Ya está. Cuando se seque le daré una capa de barniz para que no se deteriore la pintura. Ya puedes moverte y vestirte.

—Pensaba que me iba a quedar en esa posición para siempre —susurró Vega.

—Ven.

Amelia abrió uno de los cajones de la cómoda, lo que dejó a la vista una suma incontable de dinero en efectivo. Ahora, la joven comprendía por qué iba a pagarle tanto solo por posar: le sobraba, no lo necesitaba y no tenía nada mejor que hacer con él. La mujer cogió cinco billetes y se los tendió a la joven, quien los aceptó con una sonrisa.

—Muchas gracias.

—Gracias a ti. Fue difícil encontrarte.

—¿Cómo?

—Es complicado encontrar mujeres que se acerquen a la imagen que tengo en la cabeza —explicó.

Le había resultado muy fácil. Por eso había entrado en la aplicación: era el único lugar donde podría encontrar cientos de perfiles de mujeres con sus mejores fotos. Para ella, era un mero catálogo y había resultado que Vega era exactamente lo que necesitaba. No obstante, no le suponía un problema. El destino tenía una forma muy peculiar de hacer que los caminos de dos personas se cruzasen.

—Lo comprendo. ¿Te apetece tomar algo?

Lo preguntó porque no tenía nada que perder. El dinero estaba en su bolso y ya no se lo podía quitar, su vergüenza... ni siquiera tenía de eso. Recordó a Olivia y pensó que no tenían nada que ver, que la intensidad que desprendía la primera no se parecía en nada a la calma, ese sosiego y esa tranquilidad que le aportaba Amelia, y se preguntó cómo sería.

—Esto no es una cita ni nada de eso —aclaró enseguida, como si aquella pregunta le hubiera resultado hasta ofensiva—. Yo no soy...

—No tiene por qué ser una cita —aseguró. A veces, poner nombre a todo lo reducía a la mínima expresión—. ¿No eres qué?

Vega ya se estaba empezando a imaginar de qué hablaba, pero necesitaba que ella lo dijera. Con todas las letras. Porque si lo decía tal vez no era un problema, pero si no... si no se atrevía a pronunciarlo acababa de toparse con una de esas personas para las que la chica era un ejemplo de desviación, y le sabía muy mal.

—Ya sabes, lo que eres tú.

—¿Lo que soy yo? ¿Yo y todas las mujeres de la aplicación? ¿Lesbianas?

—Sí.

—¿Entraste solo para seleccionar a un sujeto desviado?

La mujer abrió la puerta a modo de respuesta y a Vega no le hizo falta una confirmación verbal. De modo que eso es lo que había sido para Amelia: la modelo para retratar lo que, para ella, era la rareza, lo diferente.

Todo rastro de admiración hacia la pintora se esfumó por completo y no quedó nada mientras la joven abandonaba la estancia. Se sentía utilizada como nunca antes. Metió la mano en el bolso, palpó los billetes y pensó que no los quería. Entonces los tiró al suelo. El curso podía esperar. Su moral... no, eso no. Era todo lo que tenía.

Después de todo, quizá el gris no era el color de la calma, sino el color de la advertencia.

QUIET HARBOR

La última vez que Vega se acostó con Celia sabía con una certeza absoluta que no volvería a ocurrir.

—¿Cómo se llama? —preguntó, aunque en realidad no quería saberlo.

Sin embargo, creía que un nombre le haría ver la situación con más claridad, la volvería real. Y a partir de entonces podría enfrentarse a ello y asumir que lo que fuera que había entre Celia y ella iba a terminar.

Y es que, por muchas veces que se hubieran acostado, por muchos besos que hubieran compartido, por muchas ocasiones en las que se habían repetido «Sin ataduras, sin sentimientos»... no importaba. Justamente porque no hubo ataduras, Vega pudo comprobar que con Celia se sentía de un modo más especial y, tal vez, había llegado la hora de que sí hubiera sentimientos.

Por eso, cuando su compañera de piso le dijo mientras se preparaba una infusión que había conocido a alguien y que iba en serio, vio necesario trasladarse al sofá para tener unos segundos de tiempo muerto. Sintió, de pronto, como si todo su mundo se derrumbaba. Pieza a pieza, una tras otra.

Lo primero que pensó fue en compartir con ella esa sensación que le oprimía el pecho. Por un lado, porque en cierto momento se prometieron sinceridad y Celia se la merecía. Por el otro, porque además de ser amigas con derecho a roce eran eso, amigas, y en los últimos meses habían alcanzado un nivel de confianza que Vega no había logrado con mucha gente.

Así pues, quería contarle a su confidente cómo se sentía con respecto a la situación que se le echaba encima y que le pesaba cada vez un poco más, pero es que su confidente estaba implicada.

Vega no la culpaba: sabía perfectamente que no somos capaces de elegir de quién nos enamoramos, ni quién nos llama la atención. No tenía derecho

alguno a echarle nada en cara, porque si algo había procurado Celia durante todo ese tiempo era que se sintiera segura, cómoda, respetada, libre. Incluso cuando le contó que había alguien en su vida lo hizo con tacto y con mucha delicadeza, consciente de que la relación entre ambas era importante para las dos.

No era ningún secreto que Vega disfrutaba de esos momentos más íntimos con su compañera de piso, pero esta desconocía hasta qué punto era así.

—Jana. Se llama Jana. —Celia la miraba con una expresión evidente de pena y un cierto grado de culpabilidad, como si se hubiera esperado la reacción de Vega.

—Vale... Jana —lo dijo y saboreó ese color azul grisáceo. Lo sintió amargo en la boca, espeso, y le costó tragar saliva para hacerlo desaparecer.

El nudo en la garganta se hizo más grande, como si fuera una bola de aquel azul pastel que dolía, dolía mucho. Porque tenía pensado aprovechar aquella semana de diversión postexámenes para sincerarse con Celia sobre cómo habían evolucionado sus sentimientos y ahora se le antojaba la peor opción de todas.

Celia asintió y casi pudo sentir cómo un aura violeta la envolvía. Su mente era la responsable, seguro —había leído que en momentos de intensidad emocional los colores se volvían más nítidos—, pero le bastó para sentir cómo ese nudo intentaba abrirse paso, deshacerse en forma de lágrimas.

Para frenar —o intentar amortiguar— aquel malestar se abalanzó sobre ella en el sofá y la envolvió en el abrazo con más sentimiento que había dado jamás. Estaba intentando retener las lágrimas, llorar no le haría bien a ninguna de las dos y tan solo lo complicaría todo. Sintió la respiración de Celia en su cuello y cómo depositaba un beso suave en su piel, sobre su pulso.

A Vega se le erizó la piel y, a modo de respuesta, su compañera le acarició la espalda por encima de la camiseta del pijama. Aquel gesto le fundió la poca fuerza de voluntad que le quedaba y, por inercia, se removió en sus brazos hasta dar con sus labios. Habían hecho algo así tantas veces que no le pareció raro, ni consideró que estaba fuera de lugar. No fue hasta que los sintió cálidos y suaves, en contacto con los propios, que se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Cuando tomó la decisión de mandarle las señales apropiadas a su cuerpo para que se apartara, Celia la atrapó en un beso lento y fue incapaz de alejarse.

Lo correspondió igual que la había abrazado: de forma sincera, con aquella sensación inevitable de tristeza que rozaba la nostalgia prematura. La mano de su compañera de piso se coló bajo su camiseta y se posó sobre su seno izquierdo. Vega temió que pudiera notar el ritmo frenético al que latía su corazón. Si lo hizo, fue el detonante que provocó que lo apretara con algo de fuerza. Soltó un suspiro que quedó mitigado por los labios de Celia y ella volvió a besarla.

En aquel beso Vega pudo saborear el cariño, pero no era capaz de disfrutarlo sabiendo que el tiempo se le escurría de las manos. La cuenta atrás había empezado y podría llegar a su fin en cualquier momento. El momento que llevaba meses temiendo, desde aquel día en que gracias a aquella conversación con una desconocida en el chat de un foro se dio cuenta de que sentía cosas reales por ella.

Decidió aprovechar y dejarse llevar. Trató de dejar a un lado las ganas de llorar, el nudo azul grisáceo, la certeza de que Celia no volvería a tocarla como lo estaba haciendo. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero ¿cómo se puede ignorar el hecho de saber a ciencia cierta que, mientras ella había estado sintiéndose más cerca, Celia estaba cada vez más lejos?

Ante aquel pensamiento, se le escapó una lágrima rebelde que su compañera de piso secó con las yemas de sus dedos tan pronto como la advirtió. Se le encogió un poco el corazón por el gesto tan tierno y creyó necesario hacérselo saber. Vega se colocó sobre ella y esta se acomodó mejor sobre los cojines de Ikea de estampado nórdico. Rodeó su cintura y acompañó sus movimientos erráticos, necesitados del contacto. Si bien quería, por esta vez, ir al ritmo de Celia y que fuera ella quien marcara los límites, cuando abrió los ojos y descubrió los suyos así, enrojecidos, y su rostro apenado, le permitió a su mano que bajara por su cuerpo.

El pijama de Celia se le antojaba demasiado grueso —era de felpa, coralina u otro tejido de pleno invierno—. Agradeció que su compañera de piso eligiera siempre prendas más bien holgadas cuando pudo colarse bajo la goma de su pantalón sin mayor dificultad. Celia hizo lo mismo, aunque le costó algo más por la posición en la que se encontraban. Poco después ambas se movían contra la otra, en busca de más contacto, más estimulación.

A pesar de lo agri dulce que resultaba todo aquello, no sacrificó ni un solo segundo más y se abandonó al tacto húmedo de los pliegues de la chica que le

había robado el corazón, el color inconfundible de su pelo, los pequeños suspiros que se iban haciendo audibles a medida que pasaba el tiempo.

Estaba ocurriendo, y estaba ocurriendo como nunca antes. Con una dulzura y una intensidad que no dejaba lugar a juegos, nada de «Lámame Cassie». Porque no, no se llamaba Cassie y, en todo caso, la persona que Celia quería que la llamara Cassie ya no era ella, sino Jana.

Pese a que acababa de recordar aquel color que había tratado de evitar, logró ignorarlo con una facilidad pasmosa debido a las caricias insistentes de Celia en su intimidad. Con su frente apoyada en la de su compañera de piso y respirando sus gemidos llegó al orgasmo, y el azul eléctrico de aquella palabra se mezcló con el grisáceo de ese nombre que no quería pronunciar más, adquiriendo una tonalidad nueva.

El placer viajó por todo su cuerpo, aunque eso no hizo que frenara los movimientos y siguió sintiéndola. Su clítoris estaba sensible, sobreestimulado, casi dolía, pero no le importó. El tiempo se acababa y no quería perderse nada: ni un gesto, ni una caricia, ni siquiera la mueca que ahora se formaba en sus labios mientras se corría.

Pudo verlo de cerca y aumentó la intensidad y la presión. La sintió tensarse bajo su cuerpo y la besó por acto reflejo. El último y más fuerte de sus gemidos quedó acallado por su boca.

Entonces, a Vega se le escapó una carcajada al darse cuenta de lo irónica que resultaba la situación. Volvían a estar allí, en el sofá del salón, el mismo donde todo comenzó. El mismo donde todo había terminado.

PUFFIN'S BILL

Vega mantenía los ojos cerrados, pero, aunque los hubiera tenido abiertos no habría sido capaz de ver absolutamente nada, pues la estancia estaba sumida en una oscuridad casi absoluta, adornada por un par de velas pequeñas. Pudo advertir un ligero olor a incienso en el ambiente, a pesar de que todavía había otro que predominaba en aquella sala: la canela. Aquel aroma especiado, junto al sonido de las olas del mar que se reproducía en bucle, logró relajarla lo suficiente como para que su respiración se volviera más lenta y sus músculos perdieran toda la fuerza.

La mujer se frotó las manos para que entraran en calor y las colocó en su espalda. Tras bajar un poco la toalla hasta la mitad de sus nalgas —la única prenda que cubría su cuerpo—, comenzó a masajearla desde la parte inferior en sentido ascendente. Empleaba la fuerza justa y necesaria como para que Vega liberara suspiros de placer de vez en cuando, señal de que iba por buen camino.

Pese al frío otoñal que hacía en la calle, en la sala había una bomba de calor que soltaba aire templado de forma constante y sumergía la habitación en una temperatura ideal. A Vega cada vez le resultaba más fácil relajarse, dejarse llevar por las sensaciones, por las manos subiendo por su espalda. Estaba a punto de dormirse cuando, con una precisión absoluta, unos dedos expertos presionaron justo sobre los nudos que tenía en las cervicales. Llevaba varios meses con aquella zona contracturada, y nunca le había dado demasiada importancia, pero en aquel momento se daba cuenta de hasta qué punto necesitaba una tarde como aquella. Ya no tenía por qué pensar en la cafetería —un tema que le hacía hervir la sangre, pues llevaba muchos años trabajando allí y el ambiente ya estaba viciado—, en que no se sentía exactamente como en casa en su piso nuevo, en que le encantaría poder tener

más dinero y más tiempo para dedicarse a la fotografía, su pasión. Aquellos pensamientos habían revoloteado por su cabeza durante las últimas semanas y no fue hasta entonces que pudo silenciarlos, privarlos de importancia, hasta de sentido.

Un escalofrío recorrió su cuerpo en cuanto aquellas manos retiraron la toalla y la subieron un poco hasta cubrir su espalda. Las piernas quedaron al aire y las presiones se hicieron notar pronto en la derecha. Todavía podía notar, cada vez que sus dedos pasaban por el gemelo, las agujetas que aparecieron por salir a correr hacía un par de días, sin estirar y retomando el hábito después de tres o cuatro meses de vida sedentaria.

—¿Puedes darte la vuelta? —susurró la masajista en su oído, con una voz suave y cariñosa que hizo que resultara imposible no hacerle caso.

Como pudo y todavía algo torpe por la repentina reducción del cortisol, se volteó sobre la camilla y volvió a cerrar los ojos. La toalla cubría la parte alta de su cuerpo, pero no se esperaba que fuera a dejar de hacerlo cuando la masajista la retiró. La habitación se hallaba lo suficientemente caldeada como para que no notara nada de frío, pero aun así la sensación fue extraña. Estaba desnuda, bocarriba, y no pudo evitar sentirse algo vulnerable.

Tras unos segundos en los que echó de menos los dedos contra su piel, notó cómo un líquido espeso y caliente caía sobre su abdomen. Su cuerpo tembló, pero mantuvo los ojos cerrados. Unas manos cálidas y firmes comenzaron a masajear su vientre, haciendo círculos, y pese a lo extraño que le resultaban aquellos movimientos, Vega logró alcanzar un estado de tranquilidad que estaba muy cerca del sueño.

Se sentía como en un duermevela en el que el tiempo se había detenido por completo, su mente estaba en blanco y parecía que el resto del mundo se encontraba en otra dimensión. Aquellas manos hacían que todo resultara tan sencillo... Fue entonces cuando bajaron por sus piernas y continuaron el masaje por los muslos, haciendo leves presiones, subiendo, descendiendo poco después.

En un cierto momento sus extremidades inferiores se separaron, o la masajista se encargó de hacerlo. Vega no lo recuerda, pero no sentía que hubiera ocurrido de forma brusca. En cualquier caso, los dedos comenzaban a ascender por la cara interna de sus muslos de forma peligrosa y, al llegar a la zona prohibida, la delinearon con las yemas y subieron al abdomen. En lugar

de desvelarse y salir violentamente de aquel estado de adormecimiento, no se movió ni un ápice. Se mantuvo inmóvil, aguardando, desde la inconsciencia, el próximo movimiento.

Ocurrió mucho antes de lo que Vega hubiera esperado, en este caso desde arriba. Una mano se posó en su pubis y ella, medio ansiosa medio por acto reflejo, movió las caderas. Aquella fue la mejor invitación para ese dedo que, sin hacerse esperar, volvió a acariciar su intimidad de una forma muy ligera, casi inexistente, por poco etérea. En condiciones normales a la rubia se le hubiera escapado un gruñido lo suficientemente claro como para hacer que la masajista aumentara el ritmo. Sin embargo, por una vez, la chica estaba disfrutando de la lentitud, de las caricias más pequeñas, de los roces más delicados.

No obstante, con el tiempo se tornaban intensos, insistentes. La masajista buscaba su placer como si fuera su mayor objetivo, recorriendo cada una de las zonas de su cuerpo que respondían a las caricias. Así fue como descubrió que entre el pubis y el abdomen tenía un punto tan sensible que el más mínimo roce le hacía temblar, era casi doloroso. Al descubrirlo, las manos no insistieron, buscaron otros lugares que hicieran crecer aquella excitación que se formaba con lentitud en el interior de Vega.

La chica la sentía en todas partes y en ninguna al mismo tiempo, pues no podría decir con exactitud en qué región de su cuerpo se encontraban sus manos, pero seguro que una de ellas insistía con firmeza en su centro. Pudo confirmarlo cuando tanteó su entrada con sumo cuidado, esparciendo algo de aceite por su sexo. Notaba aquella parte de su anatomía muy resbaladiza, y es que los dedos danzaban sobre su cuerpo como si lo conocieran de siempre, como si lo hubieran memorizado durante años. Por eso, la sensación se iba haciendo más intensa y Vega ya no controlaba su cuerpo. Era este el que lo hacía, por libre, con vehemencia y sin permiso.

Los dedos de la masajista entraron, abriéndose paso entre sus pliegues húmedos y su hambre de placer. Antes de que estuvieran dentro del todo los retiró para volver a introducirlos de nuevo.

Vega creyó necesario bajar un poco en la camilla y acercarse a la mano que, con decisión, ahora ejercía la fuerza necesaria como para que anular y corazón llegaran lejos, concretamente hasta ese punto escondido que hizo que la chica se sacudiera sin remedio. Parecía como si ambos dedos hubieran

estado allí antes, como si conocieran el camino y el destino. Pero no, Vega sabía que era del todo imposible: era la primera vez que aquella mujer la tocaba de esa manera.

Entonces, la mano libre subió por su abdomen y se posó en uno de sus senos. Seguía húmeda y resbaladiza y lo aprovechó para masajear su pecho con lentitud, haciendo hincapié en su pezón. Aquello catapultó su placer y la acercó tanto al abismo que perdió el control por completo sobre su propia anatomía. De pronto, sus piernas se abrían más, su espalda se arqueaba sobre la camilla, su boca emitía un gemido. Y lo siguiente que notó fueron los labios de la masajista, apenas rozando su oído, para decirle:

—Chsss...

Y Vega se aferró a eso como a un clavo ardiendo. No le hizo falta visualizar la imagen desde fuera, ni siquiera recrearse. Le bastó con el roce leve pero constante del pulgar en su clítoris, los dedos en su interior, también otros rodeando su pezón. Sintió una sacudida, como si su cuerpo fuera un volcán que había pasado años inactivo y ahora despertara por fin.

Notó que todo el placer que había permanecido cautivo explotaba de forma descontrolada, y le costó horrores mantenerse en silencio mientras se transportaba a cada recoveco de su cuerpo. Estaba sorprendida porque jamás había sentido un orgasmo así de intenso, tan devastador. Tenía el cuerpo empapado, pero no sabría decir si se trataba del aceite de masaje, el sudor o una mezcla de ambos. Fuera lo que fuese, necesitaría una ducha antes de salir de allí.

—¿Cómo te sientes? —Lo oyó casi en su oído, aquel tono calmado que le recordaba a las meditaciones guiadas que solía utilizar últimamente para dormir.

—Increíble —susurró en un hilo de voz, todavía con los ojos cerrados.

Sintió los labios de la masajista posarse en su mejilla. La besaron con delicadeza —la misma con la que había tocado su cuerpo minutos antes—, y fueron moviéndose por su rostro hasta que se detuvieron en la comisura de sus labios. Hizo un amago para besarla, pero Vega giró la cara y se incorporó en la camilla.

—Lara, no...

—¿No te ha gustado?

La rubia la vio agacharse un poco frente a ella, la llama de una de las

velas iluminaba su rostro y le daba a toda la conversación un toque más serio.

—Mucho. —Hizo una pausa y continuó—. Pero no funcionaría, sabes que somos muy diferentes.

—¿Y sin sentimientos?

Vega pudo notar una brizna de esperanza en la pregunta de su amiga y le hizo sentir una pequeña punzada en el estómago. Sin embargo, por mucho que necesitara cuidar de los demás y hacerlos felices, no podía olvidarse de sí misma. No se veía en una relación con Lara, y todavía menos en una relación como la que había tenido con Celia. No por miedo a que le volviera a ocurrir lo mismo, sino porque esta vez ella sería Celia y quería evitarle a su amiga todo lo que había sentido en su propia piel. Aunque lo hubiera superado y no se arrepintiera —volvería a tomar las mismas decisiones que tomó entonces—, era un mal trago que prefería que la masajista no tuviera que digerir.

—Si te conformas con que nos acostemos porque te acabo de decir que no a salir juntas tampoco funcionaría. Tienes sentimientos que van más allá del sexo, Lara, yo no los tengo, lo siento mucho.

Trató de ser lo más clara y sincera posible. Aunque en ese momento pudiera resultar algo doloroso para su amiga, les ahorraría malentendidos a largo plazo.

—Lo entiendo —dijo, despacio. Era evidente que aunque solo había pronunciado dos palabras, quería decir mucho más.

—No significa que tengamos que dejar de vernos —añadió ella—. A no ser que tú no quieras. En ese caso, lo respetaría.

—Somos dos personas adultas, Vega.

A la rubia aquella respuesta le hizo soltar un suspiro de alivio. Agradecía que Lara la comprendiera y no dramatizara todo el asunto. Siempre había creído que la comunicación era fundamental para cualquier tipo de lazo, aunque no todo el mundo estaba dispuesto a usarla.

No obstante, había algo que Vega no le había confiado a la masajista. Había omitido por completo —para evitar posibles heridas— el hecho de que, tras mucho tiempo teniendo relaciones esporádicas que se basaban principalmente en encuentros tórridos, se sentía lista para algo más.

Lara no le había hecho sentir ese clic, esa sensación imposible de ignorar cuando conoces a alguien y sabes que va a merecer la pena. Había sentido otra, igual de intensa: la necesidad de entablar una conversación con ella,

pasar tiempo juntas. No en el sentido romántico, eso sí. Y aunque en el pasado los límites estaban difusos, borrosos, nada claros... ya no.

Después de tantos años compartiendo besos y algo más con otras mujeres, quería saber qué se sentía al usar el *nosotras*, al compartir la cama para algo más que sexo, al dejar que todo fluyera.

Sin límites, sin barreras.

POSTLUDIO

La cocina en la que nos encontrábamos ya se había convertido en el lugar más acogedor del mundo, independientemente del suelo de baldosas y los detalles de color rojo. Podía ver el amanecer por la pequeña ventana, y aunque sabía que era muy tarde, no sentí la necesidad de mirar el reloj. Era como si desde que habíamos acabado de cenar el tiempo se hubiera detenido, a pesar de que acababa de resumir los últimos cinco años de mi vida en tan solo unas horas.

—Ya ves que me dio por escribir: la carta, el diario, el chat. Fue una época interesante —susurré, perdiendo la mirada en el robot de cocina que había en la encimera.

Un piloto del lavavajillas parpadeaba en señal de que había terminado el ciclo de lavado y, tan pronto como Alma se dio cuenta, se levantó sin decir nada y comenzó a vaciarlo. Durante unos segundos la observé y me pregunté si hacía aquello porque le resultaba inevitable dejar algo a medias o bien porque se sentía incómoda en el nuevo terreno silencioso en el que caminábamos.

Sin embargo, yo sí me sentía cómoda en aquella casa, en aquella cocina en concreto. Allí me había sincerado del todo, le había confesado en qué punto de mi vida me encontraba, y había estudiado su rostro mientras le contaba que me sentía lista para empezar una relación. Pensé en que jamás me había pasado media cita hablando en una cocina, pero luego me di cuenta de que jamás había tenido una cita como tal. Reí internamente ante aquello e hice acopio de la seguridad que había en mi interior para ponerme de pie, dispuesta a ayudar a Alma.

Debí de ser silenciosa, pues cuando me coloqué tras ella dio un respingo antes de darse la vuelta. No me hizo falta bajar la mirada para descubrir su pecho subiendo y bajando en mi visión periférica, probablemente por el susto. Olvidé cuál era mi intención, si tenía que vaciar el lavavajillas ya no era una

prioridad, ni siquiera estaba en mis pensamientos.

Me permití entonces abreviar cualquier distancia, reducir todo espacio vital, cortar la tensión: le coloqué uno de sus mechones ondulados tras la oreja. Aquel gesto logró que mi cita clavara los ojos en los míos casi por primera vez en toda la noche y por fin pude apreciar con mucho más detenimiento la vitalidad que brotaba de ellos. Se humedeció los labios y, pese a desconocer si lo hizo por acto reflejo o de forma consciente, no sabría decir cuál de las dos opciones era la más reveladora.

Bajé la mano por su mejilla e hice buen uso de la posición en la que se encontraba al tomar su rostro y acercarlo un poco hacia adelante. Mis labios se posaron sobre los suyos con suma lentitud, tratando de evitar cualquier movimiento brusco. Los sentí cálidos contra los míos y, antes de plantearme si debía dar un paso más, Alma atrapó mi labio inferior y tiró ligeramente de él. Un suspiro se desprendió de mi interior con tanto sentimiento que temí que hiciera que ella se apartara. No obstante, se mantuvo ahí, quieta, y lo siguiente que sentí fue el sabor dulce de su boca y la firmeza con la que me iba sumergiendo en aquel beso.

«Beso» estaba lleno de partículas que formaban un color pastel a caballo entre el rosa y el morado. Me recordó a la flor de la lavanda, a la sensación de libertad y de relajación que me transmitían las imágenes de los campos de la Provenza. Me resultó inevitable recrear un paseo por entre los caminos de aquella planta. Casi pude sentir la brisa suave del viento, el olor intenso y el tacto aterciopelado de la flor, la calma.

Sin embargo, aquel beso en concreto era lento, delicado y muy preciso. Daba la impresión de que Alma estaba explorando las sensaciones, conociendo los recovecos. Como si no hubiera tenido suficiente con toda mi historia, con cada uno de los colores que le había descubierto y que formaban parte de mí queriendo o sin querer.

Cuando mi cita decidió que estaba cómoda con aquel primer acercamiento, el beso cambió completamente de matiz. Su lengua encontró la mía con facilidad y la acarició en mi boca antes de llevarnos a una versión más profunda del color lavanda. Pude notar a la perfección cómo se disparaban mis pulsaciones, aumentaba la frecuencia de mis latidos, mi cuerpo se tensaba. Al cabo de unos segundos se relajó de golpe, en cuanto las manos de Alma rodearon mi cintura y yo hice lo propio.

El vaivén de nuestros cuerpos me invitó a empujarla ligeramente hasta que ella chocó contra el mármol y, aunando fuerzas entre las dos, se subió sobre aquella superficie fría. Su rostro ahora quedaba un poco más arriba y el cambio de altura me resultó excitante. Me hice un hueco entre sus piernas, separadas solo un poco por el tope que hacía el vestido, pero el ángulo enseguida se hizo mayor cuando rodearon mi cuerpo en un abrazo cálido.

De pronto, no nos unía solo un beso, sino también nuestras manos haciendo una exploración del terreno en la anatomía de la otra, nuestros propios cuerpos entremezclándose para crear uno solo. Aquellos sonidos cargados de pasión y de novedad, tal vez de una cercanía que nos sorprendió a ambas. Pero de pronto, algo cambió. Las extremidades de Alma se aflojaron alrededor de mi cintura y entonces supe que lo que temía estaba ahí, frente a mí.

—Lo siento mucho, pero no puedo.

Un poco más y habría podido predecir esas seis palabras, porque habían estado revoloteando en la habitación desde que nos habíamos quedado frente a frente, aunque hubiera tratado de ignorarlas todo el rato.

—¿He hecho algo mal?

—Has estado con demasiadas —susurró, y pese al impacto que aquella simple frase había dejado en mi interior supe que no lo había dicho con mala intención.

Aquellas horas en las que me había dedicado a abrirme a ella no solo habían servido para que me conociera mejor, sino también para conocerla yo a ella. Y mientras hablaba me había fijado en cada uno de sus gestos, muecas, miradas. Comprendí que no se refería a que mi actividad romántica —ni siquiera sexual— fuera un problema, sino a la posición de desventaja que le daba frente a mí.

Y aun así, pese a que sabía con una certeza casi absoluta de qué iba aquello, decidí mantenerme callada, todavía un tanto dolida por su última intervención. Ante mi silencio, abandonó la cocina —con el lavavajillas abierto y mi corazón expuesto— en dirección al salón.

Respiré hondo, sintiendo un nudo en la garganta, muy parecido al que había sentido la última vez que estuve con Celia. Un nudo que tenía nombre, y se llamaba «tal vez no soy suficiente». Recogí los pedacitos de seguridad que habían quedado esparcidos en mi interior y cerca de un minuto después me animé a salir adonde se encontraba ella.

Estaba recostada en el sofá, apoyada en varios cojines camel que creaban una armonía muy agradable a la vista junto al color de su piel. Y aquella imagen, lejos de hacerme sentir rechazo por las palabras que acabábamos de intercambiar, ordenó todo pensamiento, acomodó cada sentimiento.

«Va a merecer la pena», pensé.

Un último intento, solo uno. Si no lograba nada, si esa carrera de obstáculos no me permitía ver la meta, todo acabaría. No volvería a acercarme a ella, ni trataría de derribar una vez más aquellos muros.

Tomé asiento a su lado, aunque a una distancia prudencial. Se había quitado los zapatos y daba una imagen mucho más familiar, cercana, menos severa. Aun así, el corte del vestido seguía dándole ese toque de persona importante que brillaba por su ausencia en mi camisa de cuadros, incluso aunque llevara un top lencero debajo y por mucho que estuviera por dentro del tejano.

—¿Ves estos colores? —Su voz, si bien parecía un tanto apagada, a mí me sonó a tregua.

Asentí y, aunque no me estaba mirando directamente, supe que lo hacía de soslayo. Alma tenía el Pantone en las manos y pasaba las hojas una a una, concentrada en aquella labor. Tan solo cuando llegó a la primera página de los tonos morados se detuvo.

—Debajo de cada nombre se pueden ver varias letras con sus respectivas cifras. Cada una de estas letras representa la inicial del color primario que se ha utilizado para crearlo y la cifra indica en qué proporción. —Hizo una pausa y me miró—. Todos los colores pueden formarse mezclando los tres primarios... y el *key plate*.

Si bien habíamos pasado de compartir los besos más íntimos que había podido disfrutar hasta la fecha a una conversación sobre colores, decidí no dar demasiada importancia a la evolución —o involución— de la noche y seguirle el rollo. Quizá era eso lo que quería ahora.

—¿*Key plate*?

—Cuando se empezó a imprimir se dieron cuenta de que, al mezclar los tres colores primarios en la misma proporción, algo así como un 33,3 % de cada uno de ellos, no se formaba el negro puro, sino un gris neutro. Se parecía al negro, pero no lo era —explicó—. Por lo tanto, se vieron obligados a crear un pigmento artificial. Lo llamaron así, *key plate*, es lo que conocemos como

negro.

No podía negar que había algo muy atractivo en el hecho de que Alma me contara todo aquello. Logró despertar mi interés y recuperamos, en cierto modo, ese ambiente confortable en el que nos habíamos movido minutos atrás, haciendo caso omiso a lo que ambas pensábamos, solo sintiendo.

—¿Entonces dices que mezclando esos cuatro colores se pueden obtener todos los demás?

Los labios de Alma se curvaron en una sonrisa. Se notaba que aquel era su campo, que dominaba el tema y disfrutaba hablando de ello.

—Exacto: amarillo, magenta, cian y *key plate*.

—Un momento... —susurré y luego añadí—: Esos no son los colores primarios. O, por lo menos, no son los que yo conozco.

Me incorporé para quedar de lado y poder mirar mejor a mi cita. Aquello se estaba poniendo muy interesante, porque siempre me había gustado debatir e intercambiar argumentos y parecía que había llegado la hora.

—¿Estudiaste teoría del color en el curso de Fotografía?

Asentí y tomé el vaso asegurándome de que no estaba demasiado sucio. Lo coloqué justo debajo de la lámpara que se encontraba encendida y nos iluminaba vagamente desde hacía un par de horas y posicioné el objeto de tal manera que en uno de los rayos de luz se viera el arcoíris.

—Refracción de la luz —expresé—. ¿Conoces esa teoría?

De pronto, todos los conocimientos que adquirí durante las clases teóricas se agolparon en mi mente.

—No —aseguró ella, pero supe que mentía.

¿Cómo no iba saberlo? ¡Era diseñadora de interiores! Aun así, no le hice caso a aquel pensamiento y aproveché la emoción del momento para seguir hablando:

—Si arrojas luz a un prisma obtienes todos los colores del arcoíris: rojo, naranja, amarillo, verde, azul y violeta. Pero creo recordar que bastan tan solo tres de ellos para formar el blanco: azul, verde y rojo. También puedes obtener otros colores mezclando dos de ellos, como el amarillo a partir del verde y el rojo. —Me detuve para que ella pudiera procesar lo que le decía—. *Esos* son los colores primarios: azul, verde y rojo.

Alma sonrió, acomodándose en el sofá. Parecía divertida por la situación

y aquella expresión distendida que adoptó me gustó. Quizá, entre teoría y teoría, habíamos dado un paso al frente. Por una vez, en la misma dirección y al mismo tiempo.

—Ambas teorías son válidas. Tú hablas de síntesis aditiva, a los colores se les añade luz, y yo de síntesis...

—Sustractiva, se les quita luz —la interrumpí.

—Exacto. Son dos diagramas de color distintos, el tuyo se usa en teatro, óptica o fotografía. El mío, en cambio, es pigmento, se ve en tejido, muebles. En fin, cualquier cosa tangible.

Reflexioné un instante sobre sus últimas palabras y me di cuenta de que, en realidad, hablábamos de lo mismo, pero desde una óptica diferente. Todo era cuestión de perspectiva. Y tal vez aquello había sido justo lo que nos estaba alejando desde el principio, el modo en el que veíamos el mundo. Quizá, si tratábamos de utilizar un mismo diagrama de color podríamos llegar a un lugar en el que ambas pudiéramos entendernos.

—Pero en ambos casos el color existe siempre y cuando haya luz —dije de pronto. Recodé al profesor de Iluminación diciendo aquella frase frente al proyector, como si acabara de hacer una revelación vital. En aquel momento yo no era consciente, pero más adelante me di cuenta de hasta qué punto tenía razón—. Incluso en la síntesis aditiva, si sigues ensuciando los colores obtienes negro: ausencia de color.

—Sin luz no hay color —parafraseó Alma, dándole vueltas.

—Sin letras y sin números tampoco hay color —añadí—. Si no veo las letras en mi mente, o en un papel, esa palabra no tiene color alguno.

Lo cierto es que muy pocas veces había pensado sobre mi sinestesia, acerca de los colores que más veía, cuándo y cómo se manifestaba. Sin embargo, ahí estaba, tratando de crear un patrón de madrugada, en la cita más desastrosa de mi vida, frente a la chica más especial que había conocido nunca.

—¿Entonces qué ves cuando cierras los ojos? —quiso saber. Ladeó la cabeza, curiosa e, inevitablemente, comencé a disfrutar del momento.

—Fosfenos. —Reí.

Alma chasqueó la lengua y me golpeó la pierna con suavidad.

—Dime, ¿qué color ves en mi nombre? —Interés, otra vez, pero latía más fuerte que en toda la noche. Parecía que sus palabras estaban subrayadas ahora

por un cartel luminoso. Era imposible no verlas, todavía más ignorarlas.

Tomé el Pantone y fui pasando las hojas hasta que me quedé en la parte de los colores verdosos, aguamarina. Si ya me había sentido marciana al principio de la cita, en ese instante mucho más. Porque ¿cómo de difícil es destacar algo, hacerlo especial, cuando para ti es de lo más ordinario? Recordé entonces aquel poema sobre marcianos que había leído alguna vez por casualidad. La forma que tenía aquel ser interplanetario para ver nuestro mundo a través de sus ojos. O todavía más importante: la destreza del poeta para desnaturalizar algo cotidiano, como podía ser un libro, hablando de él como un pájaro mecánico con muchas alas. La sinestesia era un poco eso, y descubrirle mi mundo a Alma tal vez lo era también.

—*Bay*. —Lo dejé ir y sentí un cierto alivio cuyo origen desconocía por completo. Había sido como un suspiro tras haber contenido la respiración, una liberación.

«*Bay*» era una mezcla del color —en el diagrama de síntesis aditiva la mezcla de azul y verde, ambos primarios, forma uno más claro—de sus ojos y del azul que también tenía la sonoridad cada una de las cuatro letras que formaban su nombre. Era fresco, un poco mentolado, era suave pero intenso. En definitiva, a Alma le pertenecía aquel color que, depende de cómo se interpretase, podría ser terriblemente frío o increíblemente cálido.

—Bahía —tradujo, se tomó un momento para buscarlo en el Pantone y leyó los valores—. Está formado por 35 partes de cian y 19 de amarillo.

—¿Te gusta? —Por primera vez me interesaba conocer la respuesta a esa pregunta, porque solía dar muchas veces la tonalidad exacta, no tenía problema en compartirla, pero otra cosa era esperar a que la otra persona me dijera qué opinaba al respecto.

Y yo quería que le gustase, lo deseaba con todas mis fuerzas. Porque que le gustase significaría que estaba allí, que habíamos llegado al mismo punto, que habíamos dejado a un lado la sinestesia, el marcianismo, los colores. Que el Pantone se había convertido en una convención, en un lenguaje que ambas comprendíamos. Por eso necesitaba asegurarme de que ya no había tonos anónimos, incorpóreos. Todo tenía un nombre y habíamos encontrado el lugar desde donde ambas teníamos las mismas vistas. Lo único que quedaba era que Alma aceptara el reto.

Tras decirlo me quedé quieta, aguardando, a la espera de saber si aquella

cita había sido el principio del final o el final del principio.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A Chai Tea, porque tienes paciencia hasta para entender todos mis colores, los más alegres y los más tristes. Gracias por existir, lo haces muy bien.

A mi Fiesta, porque somos únicos, cada uno con nuestras tonalidades y matices, y siempre estáis ahí.

A Pumpkin, por todos los años que has luchado. Te prometo que no son en vano.

A Online Lime, por ser un ejemplo tan grande de fortaleza. Ojalá se haya quedado impregnado en mí.

A Hint of Mint, porque estás siempre ahí. Y a tu pequeño Lollipop, el experto en convertir lo normal en extraordinario.

A Ibis Rose, por leerme siempre bonito. Tu apoyo incondicional y sincero durante la escritura de este libro ha sido incalculable.

A Castaway, porque incluso con un océano de distancia nunca he dejado de sentirte cerca.

A Bittersweet, por depositar la confianza en mí desde el principio y a lo largo de todo este tiempo. Eres una persona maravillosa, con una fuerza inmensa y un proyecto increíble. Gracias por hacerlo todo tan fácil y con tanto cariño.

A todos mis Bonnie Blue, en especial a esas personitas cuya fuerza ha sido fundamental para llegar hasta aquí.

A Persian Jewel, por motivarme desde el inicio de los tiempos. No sé si sería la misma persona sin ti.

A ti, Simple Purple, por darle la oportunidad a esta historia. Tanto si es la primera vez como la segunda que nos hemos cruzado, espero que sigamos haciéndolo.

Egret



Plume



Popcorn



Lemon Zest



Dazzling Blue



Pink Lemonade



Absinthe Green



Decadent Chocolate



Sheer Lilac



Antarctica



Saffron



Quiet Harbor



Honeysuckle



Puffin's Bill



AUTORA

Thais Duthie, nacida en Barcelona en los noventa, ya traía la sinestesia grafema-color de serie. Creció rodeada de libros y con los años acabó encontrando su vocación en la literatura, y a eso se dedica actualmente. Compagina su trabajo como filóloga con la gestión de su blog, *Bajo el edredón*, donde habla del erotismo con naturalidad y desde una perspectiva empoderadora. También escribe para otros medios de comunicación, como *Hay una lesbiana en mi sopa* o *Volonté*, el lugar donde están publicados todos sus relatos eróticos.

Le encanta viajar —aunque Florencia le tiene el corazón robado desde hace años—, la historia inglesa, las películas lentas y las poetas norteamericanas del siglo xx.

Twitter: @ThaisDuthie

NOTAS

¹ Definición del *Diccionario de la lengua española* (RAE).

² Intensa y fugaz sensación de enamoramiento hacia otra persona.

³ Al final del libro podrás encontrar una tabla con los colores de cada capítulo.

⁴ «De un modo u otro, voy a encontrarte, voy a atraparte, a atraparte, a atraparte, a atraparte...».